

6. EL TRABAJO SOCIAL EN EUROPA.

6.1. Europa: profesión sin disciplina.

Desde Europa habían llegado a los Estados Unidos no pocas experiencias, ideas, propuestas metodológicas, e incluso instituciones como las COS o los *settlements houses*, pero desde Europa apenas llegó teoría social con la que formalizar la disciplina de Trabajo Social, salvo la que llevaron los propios Chicaguenses, como Park, por ejemplo, después de su estancia en Alemania, y que ya se ha analizado. En Europa, como se va a mostrar a continuación, había también profesionales, se estaba cayendo en la cuenta de la importancia de la política social, y se tomaban distintas medidas en los diferentes países, pero no encontramos un cuerpo teórico que nos autorice a hablar de disciplina. Habrían de pasar unos cuantos años para que, una vez configurada al otro lado del Atlántico, el Trabajo Social llegará a Europa profundamente transformado. Lo que empezó a gestarse en Inglaterra volvió casi irreconocible. Lo que apenas era un proyecto se había convertido en una prometedora realidad. Por eso, refiriéndonos a Europa, titulamos este apartado "profesión sin disciplina". El Trabajo Social se estructura como profesión, y sobre todo como disciplina, en los Estados Unidos si bien los antecedentes tanto de las COS como de los *settlements houses* los encontramos en Inglaterra y a su vez estas organizaciones eran herederas de múltiples experiencias y autores europeos. Con el paso de los años, lo que un día se importó de la vieja Europa hacia América hizo el viaje de vuelta pero ya con una depuración de los objetivos y de los métodos y sobre todo con una identidad profesional, con unos valores, con una base teórica, una legitimación social y una presencia en diferentes ámbitos de intervención que antes no había tenido. Fue en los Estados Unidos donde la intervención social se secularizó apartándose de su adscripción religiosa, acogándose al amparo de las ciencias sociales que estaban naciendo. Fue en los Estados Unidos donde se realizó una sistematización de los métodos que se habían ido configurando desde la mitad del XIX de la mano de M. Richmond. Es en Estados Unidos donde hay que buscar las múltiples novedades que incorpora el movimiento dirigido por Jane Addams: su orientación más estrictamente política potenciando el papel de los propios afectados por los problemas sociales, iniciando nuevos niveles de intervención: el grupo y la intervención colectiva, protagonizando las primeras investigaciones sociales que forman parte de la historia

común de las ciencias sociales. Fue en Boston, en el *Massachusetts General Hospital*, de la mano del Dr. Richard Cabot, en 1905, cuando el Trabajo Social se incorpora al ámbito sanitario lo que contribuyó a dar a conocer y legitimar la nueva profesión, y según hemos expuesto detenidamente, es en Estados Unidos donde se estructura la disciplina a partir de las aportaciones procedentes de la Escuela de Chicago: el Pragmatismo y el interaccionismo simbólico. Es también desde los Estados Unidos, con Gordon Hamilton y Florence Hollis de la Escuela de Trabajo Social de Nueva York, con Virginia Robinson y Julia J. Taft de la Escuela de Pennsylvania, con Hellen Harris Perlman de la Escuela de Trabajo Social de Chicago,²¹⁷ y con Kaplan, Rapaport... de donde llega la decisiva influencia del Psicoanálisis y los sucesivos desarrollos y síntesis que como ya dijimos, a nuestro juicio constituyen la columna vertebral de la historia de la disciplina. Y es también desde los Estados Unidos desde donde llega al Trabajo Social el conductismo, la teoría de los sistemas e incluso la propuesta de construir modelos de intervención ya cuando comenzaba la década de los años setenta, de la mano de Robert W. Roberts y Robert H. Nee. Este viaje de ida y vuelta es el mismo que en los últimos tiempos están haciendo las aportaciones de Foucault, aunque en esta ocasión con destino un poco más al norte, en Canadá. Veremos en los próximos años las posibilidades de que estas influencias fructifiquen o no.

En todo caso, podemos analizar cómo se generalizó en Europa la profesión, (en mucha menor medida la disciplina, al menos en las primeras décadas del siglo) en cada país con sus características peculiares, independientemente de que cada proceso tenga más o menos interés al menos más allá de las propias fronteras. Lo que pasó en España, por ejemplo, tiene interés para nosotros aunque sólo sea para entender el aquí y ahora y también por aquello de que cuando se ignoran los errores anteriores se pueden volver a repetir. Algunos problemas de identidad, de estatus y de legitimación tendrían también su explicación en este pasado próximo que está vinculado, como no podía ser de otra manera, al régimen franquista y a determinadas prácticas, unas muy dignas y otras no tanto, de la Iglesia Católica. Todavía andan por ahí –aunque cada vez en menor número por razones obvias aunque con las mismas pretensiones dogmáticas- personajes vinculados a este periodo, reciclados, al menos en su presentación pública. Como es

²¹⁷ Las Escuelas citadas, como se puede comprobar en capítulos anteriores, tuvieron denominaciones diferentes que no siempre incluían la expresión Trabajo Social. Aquí las citamos así para simplificar y no confundir con el Departamento de Sociología de Chicago.

evidente, la Sección Femenina falangista y el peso del nacional-catolicismo en la vida española en las primeras décadas de recorrido del Trabajo Social es algo estrictamente español y además –conviene remarcarlo– más allá de los Pirineos, nuestros colegas trabajadores sociales ni se enteraron y en Portugal creo que tampoco mucho. Dicho de otra manera, lo que pasó con el Trabajo Social en España no ha tenido especial repercusión internacional o mejor dicho, absolutamente ninguna. Quien tenga dudas sobre estas últimas afirmaciones no tiene más que consultar las principales bases de datos de Trabajo Social internacionales para comprobar que cuantos autores con apellidos hispanos encuentren, escribieron sus trabajos en el idioma de Shakespeare y no en el de Cervantes. A veces, ya lo dijimos más arriba, pareciera que el Trabajo Social fuera un invento español y que lo que sucede al otro lado de las fronteras nos fuera ajeno. No es desde luego esa mi posición. Por el contrario, el interés por nuestra propia y reducida historia es limitado y motivado por las razones expuestas.

El 8 de julio de 1928 se celebró en París la primera Conferencia internacional de Servicio Social.²¹⁸ No era la primera reunión internacional que se dedicaba a los problemas sociales. Con la denominación de Congresos internacionales sobre caridad, beneficencia o asistencia se habían celebrado ya otras reuniones pero era la primera vez que el tema era el servicio social desde una perspectiva general. La propuesta de celebrar una Conferencia Internacional surgió en Washington, se organizó en Praga y se desarrolló por fin en París. Estuvieron representados 42 países con 2.481 participantes de los cuales 1.030 eran franceses: 173 hombres y 857 mujeres. Su procedencia era diversa porque por entonces, y aun ahora en Francia, la expresión "servicio social" era bastante equívoca incluyendo actividades y profesiones que en otros países tienen poco en común asistentes sociales, enfermeras visitadoras, economía social, educadores

²¹⁸ Mantendremos en este apartado la expresión *servicio social* por ser fieles al texto que comentamos y a la terminología francesa. En España esta expresión nunca fue aceptada puesto que era la misma que utilizaban en la Sección Femenina para designar algunas tareas obligatorias que tenían que hacer las mujeres españolas si querían acceder a determinados puestos de trabajo, hacer una oposición... Los hombres tenían la obligación de hacer el servicio militar y las mujeres el *servicio social*, aunque no había comparación posible entre una cosa y la otra. Teniendo en cuenta esta circunstancia se entiende que los trabajadores sociales españoles se apuntaran rápidamente a utilizar la traducción del inglés *social work* y marcar distancias con lo que imponía el régimen a través de las falangistas. Otra cosa es que se afirme que por el mero cambio de palabras (de *servicio social* a *Trabajo Social* y de *Asistente Social* a *Trabajador Social*) cambiaran automáticamente la ideología y las prácticas de los ejercientes. A veces se

infantiles... Por ello, entre los asistentes a la Conferencia había visitantes de higiene social, enfermeras, y 119 asistentes sociales y algunos de sus alumnos. Estuvieron representados los sindicatos: Léon Jouhaux, secretario general de la CGT y Jules Zirnheld representó a la CFTC. Estaban también invitados los representantes de las grandes corporaciones industriales y efectivamente les representó el Director de Ferrocarriles del Estado Raoul Dautry. Acudieron además parlamentarios e incluso ministros. Cuentan las crónicas que incluso la orquesta de la Guardia republicana estuvo presente en algún momento.

A pesar de la diversa procedencia de los congresistas se dejó notar el peso de los trabajadores sociales norteamericanos. Cinco fueron los grandes temas del Congreso: la organización general del servicio social, la enseñanza del servicio social, los métodos del servicio social de casos individuales, servicio social e industria y servicio social e higiene social. Fruto del debate sobre estos temas se elaboró un informe de 2.460 páginas que permiten conocer el desarrollo del servicio social en ese momento (Bouquet, 2000:5).

En el curso de la Conferencia se trató el tema de la situación de la formación: cómo estaban organizadas las escuelas, cómo se concebía la formación teórica y práctica, cuales eran los programas de enseñanza las posibilidades de especialización, y el comienzo de la formación permanente y superior. La situación de las escuelas era diferente en función de los diferentes países. Cada cual tenía su propia cultura, su sistema escolar y también sus particulares problemas económicos y sociales. En el informe citado se constata que en Alemania había 36 Escuelas, 23 en Estados Unidos, 11 en Gran Bretaña, ocho en Bélgica, 6 en Francia y otras tantas en Austria, 4 en los Países Bajos, Suecia y Suiza tenían tres, Checoslovaquia, Canadá y Hungría tenían dos escuelas y Chile, India, Polonia, Noruega e incluso China tenían ya una Escuela. Como ya hemos dicho en 1928, en España todavía no se había inaugurado la primera Escuela. Algunas de ellas en Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Polonia, Suiza e incluso alguna en Francia estaban unidas a la institución universitaria y en algunos países ya tenían una reglamentación promulgada por el Estado. Como se ve en los países anglosajones las escuelas nacieron vinculadas a la universidad, en otros casos a

construye la historia con más voluntarismo que rigor. Por otro lado, sobre esta Conferencia también proporciona cuantiosa información Brigitte Bouquet.

instituciones religiosas y en los países socialistas estaban vinculadas al movimiento obrero. Había participantes que se declaraban partidarios de integrarse rápidamente en la Universidad alegando la abundancia de recursos materiales y las ventajas de la libertad, del espíritu universitario y la posición de neutralidad de la institución universitaria, pero también hubo detractores de esta posición. En general, salvo en Alemania que eran tres años, la mayoría de las Escuelas tenían su programa de estudios organizado en dos años pero parece que hubo consenso sobre la necesidad de alargar su duración en función del número de materias que había que enseñar y la complejidad de los aprendizajes necesarios. Se habló de los criterios de selección de los alumnos entre los que se exigía, además de una edad mínima de 18 años, la necesidad de un reconocimiento médico que garantizase la integridad psíquica y física, acreditar un nivel de conocimientos, estar en posesión de determinadas cualidades personales, tener apertura de espíritu y un grado de madurez que eran frecuentemente evaluados por tests a los que en ocasiones se añadían cartas de recomendación, y también se valoraba la experiencia práctica previa.

Siguiendo la síntesis que nos proporciona Bouquet, otro tema de los que se habló en la Conferencia fue sobre la cuestión de si habían de ser unos estudios y una profesión mixta o no. Al parecer hubo consenso en reconocer el servicio social como "un dominio femenino". Se constató que había pocos hombres candidatos a ejercer esta profesión puesto que en las Escuelas en las que había más hombres no superaban el 9 por ciento. La explicación era que muchas escuelas tenían mucha relación con la formación de las enfermeras y con las institutrices de jardín de infancia, profesiones vinculadas a las mujeres. Sin embargo había muchos profesores hombres. Solamente en Estados Unidos había un planteamiento de educación mixta, mientras que en otros países, como Alemania se planteaban escuelas masculinas y otras femeninas, lo que implicaba también un diseño de diferentes funciones profesionales en razón del sexo. Otros veían que no estaba mal reservar este campo, este yacimiento de empleo, diríamos ahora, en exclusiva para las mujeres. Por último, casi todas las escuelas deseaban tener a los alumnos internos por juzgar interesante la experiencia del internado como un lugar en el que se permitía un trabajo asiduo para adquirir una mentalidad social y también eran partidarios en muchos casos de la existencia de un uniforme azul que simbolizaba el servicio social, que proporcionaba una misma apariencia a los alumnos independientemente de su origen de clase y además impedía las *frívolas coqueterías*.

Se planteó también si se trataba de un oficio o de una profesión. Detrás de la alternativa se entendía que un oficio se caracterizaba esencialmente por el dominio de unas determinadas técnicas, mientras que la profesión implicaba simultáneamente un saber, un conocimiento que el oficio no tenía, además de una ética y un estatuto distinto. La mayoría de las escuelas pensaban que se trataba de una profesión aunque ésta se encontraba todavía en una fase de elaboración, de construir su propia identidad.

Si se trataba de una profesión había de tener un saber y se preguntaban si éste había de ser propio, específico o había que extraerlo de las ciencias sociales. La mayoría de las intervenciones mostraron su voluntad de construir un saber autónomo aunque temían que este objetivo pudiera estar aun lejos, conscientes sobre todo de que la enseñanza del servicio social era muy dependiente de las Ciencias Sociales, aunque también ellas mismas estaban comenzando. La mayor parte de las escuelas prestaban atención a la Economía política, la Psicología, la administración económica y social, la legislación e incluían también la Fisiología y la Higiene. La Historia y la Filosofía no gozaban de la misma atención en todos los casos. La enseñanza del servicio social en sentido estricto incluía la enseñanza del servicio social de casos individuales y del servicio social colectivo. Se plantearon también en términos bastante similares a los actuales la proporción entre el tiempo dedicado a la teoría y a la práctica y enunciaron los problemas en la organización de dichas prácticas: las relaciones con las instituciones y con los profesionales. En general, el tiempo dedicado a las prácticas oscilaba entre la mitad y una tercera parte del total de los estudios, según las Escuelas. Se estudiaron otros temas como la formación permanente, la necesidad y las posibilidades de especialización, el reconocimiento de la profesión, los problemas de empleo y de remuneración... En definitiva, como se puede ver, en aquellos años estaban ya planteados los temas que implica el proceso de profesionalización, algunos de los cuales todavía no están resueltos del todo.

6.2. El Doctor René Sand.

Uno de los organizadores de esta Conferencia Internacional fue René Sand. Un médico interesado en el servicio social con una trayectoria que en palabras de Paul Strauss, (senador, Miembro de la Academia de Medicina y Ministro de Higiene, de asistencia y de previsión de la República Francesa) le confería "*una autoridad particular por ser el propagandista internacional de una idea nueva y de una institución en perpetua evolución*". Con prefacio de Strauss, Sand publica en 1931 un libro titulado *Le Service Social a travers le monde. Assistance - prévoyance - Hygiene*. Unos cuantos años después, aparecería publicada en castellano, editada en Buenos Aires en 1961, otra de las obras de Sand titulada *La Economía humana* que había escrito en 1934. De estas dos publicaciones nos vamos a valer para conocer al autor y acceder a la cuantiosa información que nos proporciona, por considerar que se trata de una de las fuentes más autorizadas y con más perspectiva de la situación del *servicio social* en Europa, aunque también incluyó otros países en su análisis.

Sand dedica la introducción de su libro a explicar los comienzos del Trabajo Social. Constata para comenzar la omnipresencia de la miseria, una miseria que es origen de distintos males que emponzoñan la sociedad entera pero para la que se han encontrado soluciones: el sentido social, la caridad extendida y metódica *quieren asegurar a cada uno la plenitud de la existencia material y espiritual*. Por otra parte las aplicaciones de la ciencia multiplican la producción agrícola e industrial hasta al punto de crear, en ciertos países al menos, una abundancia que permitiría no dejar sin satisfacer ninguna necesidad legítima. Además, la Biología, la Psicología, la Sociología, nos hacen conocer al hombre y la sociedad, revelan las causas profundas de nuestros males y trazan los caminos que nos librarán de ellos.

"Por primera vez, desde el origen de la humanidad, nosotros queremos, podemos y sabemos a la vez liberarnos, en una medida creciente, de las plagas que han assolado todos los siglos: las calamidades naturales, la enfermedad, la miseria, el crimen e incluso la guerra." (Sand, 1931:4).

La idea del progreso y una creciente fe en las capacidades de la humanidad. Sobre la guerra, por ejemplo, Sand confiaba en que el estudio de los orígenes profundos de los conflictos internacionales pudiera servir para construir la paz. La fe en la ciencia. Manifestaba además su confianza en que la construcción de un derecho internacional

público y privado pudiera contribuir a la organización de la vida internacional. Por otro lado, observaba que todos los pueblos eran cada vez más interdependientes, lo que a su juicio favorecía el desarrollo de *un espíritu internacional, de una conciencia internacional*. La firma de algunos tratados internacionales tales como la Convención de Ginebra, suscrita en 1864 y relativa a los derechos de los heridos de guerra, y sus desarrollos posteriores que incluían la protección a los prisioneros, el Tratado de Versalles que proclamaba los derechos de los trabajadores, la Declaración de Ginebra efectuada por la Sociedad de Naciones y relativa a los Derechos de los niños... todo ello le hacían manifestarse optimista, aunque es consciente de que todos estos progresos no son ni constantes ni universales puesto que su avance se ve interrumpido en ocasiones y era a la vez consciente de que nuevos peligros se anunciaban por el horizonte. Era consciente también de que la misma Europa tenía graves problemas mientras que la Edad Media reinaba todavía sobre continentes enteros, y se contaban por centenares de millones las existencias de seres humanos todavía miserables y sin horizonte.

"Pero nuestro tiempo rechaza la resignación. Apoyándose en la investigación científica y actuando en el plano nacional como en el internacional, el hombre para luchar contra las plagas que sufre, construye un organización que tiende a volverse racional. Ha sido atacando la miseria, que ya no se cree como inevitable, todavía menos providencial, la caridad ha ensanchado su círculo, consolidado sus bases, perfeccionado sus métodos, tanto que ha sido necesario crear un término para designar esta asistencia renovada. Los anglosajones le han llamado servicio social, y la palabra ha hecho fortuna en todos los países porque marca un nacimiento.

De una parte se está llegando a concebir la asistencia individual, no sólo como un socorro sino como una reeducación. Aplicada al conjunto de la personalidad, en sus relaciones familiares, profesionales y sociales, esta obra debe adaptarse a las circunstancias propias de cada caso y prolongarse hasta el restablecimiento definitivo. Por otra parte, una nueva filosofía social lleva a la colectividad a tomar conciencia mejor de ella misma. La filantropía trataba los síntomas más que las causas; ella atribuía a defectos personales un estado de cosas donde nosotros reconocemos a menudo la acción de factores generales, ante los cuales nosotros levantamos hoy barreras preventivas." (Sand, 1961:6).

Así pues, para Sand la nueva disciplina surgiría de la evolución de las antiguas actividades caritativas pero supone una serie de pasos importantes: reconocer que la pobreza no es inevitable y que se debe luchar contra ella para lo cual la ciencia tiene algo que decir ayudando a planificar tanto a nivel nacional como internacional. No es sin embargo una evolución sin más de la caridad, porque ha nacido algo nuevo que antes no existía y que en los años anteriores en EE.UU. se denominó la caridad científica.

A la Conferencia de París acudieron, sin duda, representantes de las COS y de los *settlements*. Tenemos constancia de la presencia de M. Porter R. Lee, de Nueva York,

que participó en las discusiones sobre el proceso de profesionalización. Sand sin duda conocía los debates que se estaban produciendo al otro lado del Atlántico e incorpora en su discurso la síntesis de las discusiones tradicionales que habían diferenciado a la organización de los *settlements* y a muchas de las COS. Al reconocer la acción de lo que denomina factores generales admite la importancia de los factores propios de la estructura social, más allá de lo que había sido tradicional: la culpabilización de las víctimas. Al mismo tiempo y a la vez que reconoce el papel de las agencias privadas que como los servicios públicos utilizan la asistencia individualizada y en ocasiones también intentaban acciones preventivas, es a los Gobiernos a quien compete fundamentalmente la responsabilidad de intervenir:

"La experiencia testifica que el Estado debe intervenir en numerosos dominios, pues solamente él puede imponer las medidas necesarias, únicamente él posee los recursos que permiten la protección continua de todas las existencias amenazadas." (Sand, 1961:7).

Sand muestra su confianza en el papel de las entidades privadas, confesionales o laicas, por su capacidad de imaginación y su dinamismo, pero adjudica a las Administraciones públicas una responsabilidad fundamental.

"Las enfermedades evitables, la miseria y también el lento *agostamiento* a que están condenados tantos seres humanos por el bajo nivel de vida deberían sorprendernos e indignarnos.

Estos males comprometen nuestra responsabilidad ya que sus raíces son sociales y bastaría una firme decisión para poder extirparlos. Pero la política económica detiene el empuje de la política social al negarle los recursos necesarios para una obra de esa envergadura. Nuestras reformas en ese sentido son tímidas, fragmentarias y superficiales.

Mientras unos utilizaron el lenguaje de la solidaridad y otros el de la contabilidad el antagonismo fue irreductible: el plano de los valores personales no tenía ningún punto en común con el de los negocios." (Sand, 1961:5).

Esta última cita corresponde a la introducción a su segundo libro titulado *La Economía humana*. En esta introducción plantea que el hombre también tiene un valor económico, es una inversión en el sentido de que en cada ser humano se hacen determinados gastos desde su nacimiento y que si muere prematuramente ese capital invertido, se pierde. Lo mismo si queda inválido o no puede desarrollar una actividad laboral. El hombre, por otro lado es un ser productivo y por consiguiente rendirá más cuanto mejor hayan sido estimulados el desarrollo y la protección de sus condiciones físicas, intelectuales, profesionales y morales.

"La instrucción, la higiene, los servicios sociales no representan rentas vitalicias sólo accesibles a las naciones ricas y a las empresas prósperas: son inversiones fructíferas. (...)El valor económico del hombre se acrecienta con la prolongación y el perfeccionamiento de la formación escolar y profesional, y con la extensión de los servicios de todo orden que protegen la juventud. Gracias a esta instrucción y estos servicios, por una parte, y gracias a los progresos de la técnica, por otra, el poder individual de producción se eleva y de este modo aumenta la renta de esa inversión en salud y capacidad. ¿No es, por tanto, interés nuestro salvaguardarla y hacerla fructificar?

Después de haber derrochado sus riquezas naturales, la mayoría de los Estados toman medidas para conservarlas. Del mismo modo se quiere proteger al capital humano.

La organización científica reforma las empresas industriales y comerciales con vistas a disminuir las pérdidas y aumentar el rendimiento. Se quiere racionalizar, también, el mundo del hombre.

Por último, la higiene y la medicina logran cada vez más conservar la vida y preservar la salud. La calidad de la población comienza a preocupar tanto como su cantidad. La asistencia, la previsión, y la legislación social se desarrollan. Nuestra responsabilidad colectiva y el sentido de la solidaridad nos penetran cada vez más profundamente: si socorremos a los ancianos y a los incurables no es sólo porque obedezcamos a consideraciones de interés y de productividad.(...)

Porque la medicina, la higiene, la psicología, las ciencias sociales, que permanecieron durante largo tiempo en un estado larval, sólo hoy nos proporcionan armas eficaces contra la mayoría de los males que asolan a la humanidad.

(...) El hacinamiento, la subalimentación, sólo consumen la vida lentamente, sin escándalo. Una catástrofe nos conmueve por la instantaneidad con que arrebat a sus víctimas. Pero que los niños de los barrios humildes sean raquíticos, que el campesino y el obrero se desgasten rápidamente por el trabajo y la precariedad de su existencia, nos parece responder al curso inevitable de las cosas. Esta excusa ha dejado de ser aceptable: amplias y múltiples encuestas, conducidas por métodos científicos irrefragables, no nos permiten ya desconocer la realidad..." (Sand, 1961:6).

El principio de lo que Sand denomina la economía humana es que a nadie, en ningún momento, debe faltarle el mínimo necesario para una vida normal, ya que esta privación traería una declinación de las fuerzas físicas, morales y profesionales, es decir, una pérdida para la sociedad. La economía humana rinde mucho más de lo que cuesta y traduce un deber social y representa el resultado de los progresos realizados por las ciencias, por la técnica y por la organización racional.

"La economía humana pide, en consecuencia una política de la producción, del nivel de vida, de la recuperación social, del trabajo, la población, la higiene, de los servicios médicos y de la educación, que no le son propias, pero que ella relaciona fortificando una con otra y orientándolas hacia un único fin: la cultura de los valores humanos." (Sand, 1961:7).

Esta "economía humana" compete al Estado puesto que las formas anteriores de ayuda a los seres humanos que antes prestaban la familia y el clan han pasado a la historia.

"De todas las variedades de ayuda social, la más antigua, la más frecuente y menos onerosa es la asistencia prestada por la familia y por el clan. Es practicada en el mundo entero, desde los primitivos a los civilizados, pero a nuestro lado, últimamente, el desaparece y la familia se dispersa...(...) La asistencia pública nace con la urbanización, que disloca a las familias y convierte en vecino a un extranjero."(Sand, 1961:17).

"Recapitulemos: desde los tiempos más lejanos la asistencia socorrió a los pobres sin actuar sobre las causas de su estado, y de este modo mantuvo la miseria sin combatirla. El servicio social introdujo en la asistencia los métodos de la ciencia y tomó de la industria los principios de la organización racional, conservando al mismo tiempo la tradición caritativa del amor al prójimo y del don de sí mismo. El servicio social se basa en la solidaridad y en la noción de la responsabilidad común frente a los males que aquejan a nuestros semejantes. Los estudios sociales, la política social y el servicio social se apoyan, se penetran e intentan evaluar el rendimiento del esfuerzo cumplido y su utilidad tanto para el individuo como para la colectividad. Se comprueba que aquí como en otros dominios las medidas parciales son ineficaces y por lo tanto onerosas. Se debe tender no a aliviar a los pobres sino a volver a ponerlos en condiciones normales, aunque los gastos inmediatos sean más considerables. Pero sobre todo hay que evitar la miseria, mediante una acción a la vez sanitaria, educativa, económica y social. La extinción del pauperismo sólo es posible mediante una elevación general del nivel de vida. Para obtenerlo, el servicio social hace un llamado a la economía nacional." (Sand,1961:27).

En algunas expresiones resuenan los ecos del Pragmatismo pero no hemos visto mención expresa. ¿Cuál era la concepción que tenía Sand del Trabajo Social? Veámoslo.

"Después de haberse basado largo tiempo en la limosna, distribuida sin demasiado criterio y desprovista de toda acción eficaz, o duradera y después de haber sufrido por la insuficiencia de sus recursos, la asistencia tiende hacia una organización racional. Dispone de métodos que se mejoran sin cesar, cuya aplicación está a cargo de un personal formado especialmente, los asistentes sociales. hace ya una treintena de años se constituyó el "servicio social", arte, ciencia y política que, según la definición dada por Mary Van Kleeck en la Primera Conferencia internacional de Servicio Social (París, 1928), se propone: aliviar los sufrimientos que provienen de la miseria (asistencia paliativa); poner nuevamente a los individuos y las familias en condiciones normales (asistencia curativa); prevenir las calamidades sociales (asistencia preventiva); mejorar las condiciones sociales y elevar el nivel de vida (asistencia constructiva).

El servicio social para casos individuales se ocupa de rehabilitar una a una a las personas que cayeron en la miseria, y también a aquellas cuya vida se ve trastornada por un problema familia, psicológico, educativo o moral, y cuya salud, carrera o equilibrio están en peligro.

Los servicios sociales colectivos actúan sobre un grupo de adultos, adolescentes o niños; de trabajadores o de desocupados, velando por su bienestar, dándoles una formación profesional, intelectual y artística, y procurándoles la ocasión de hacerse relaciones amistosas y de desempeñar un papel que desarrolle su personalidad.

El servicio social, que se funda en la ciencia, inspira un número cada vez mayor de estudios, encuestas y monografías, que colaboran en su perfeccionamiento al mismo tiempo que enriquecen la sociología.

Las obras bien conducidas no miden ya los socorros de acuerdo a un baremo; no clasifican ya a los pobres en categorías que implican una ayuda estereotipada, ni abandonan ya a su suerte a las familias "que no merecen ayuda". El servicio social, como la higiene, la medicina, la enseñanza y la justicia represiva, tiende a la individualización. En cada caso una encuesta profunda investiga los factores psicológicos tanto como los materiales de la situación. Los datos obtenidos sirven para elaborar un plan de tratamiento que persigue no sólo el alivio sino también la rehabilitación. Recurre a los allegados, amigos, empleadores, educadores, médicos, curas, a las fundaciones, a la asistencia pública, a los seguros sociales, a las Cajas de Compensación, y ante todo a los interesados, a quienes hay que guiar para que se den cuenta de su situación real, para que vean claro en ellos mismos y hagan valer cualidades cuya existencia a menudo ignoran. Al analizar este trabajo, Mary Richmond concluye que el servicio social de los casos individuales es el conjunto de los métodos que desarrollan la personalidad reajustando consciente e individualmente entre sí al hombre y a su medio social. Toda miseria es el resultado del hombre o de la sociedad" (Sand, 1961:26).

Por esta última expresión tendemos a pensar que Richmond sí comprendió y aplicó las teorías interaccionistas al Trabajo Social pero no vemos ni rastro en las

aportaciones de Sand, más allá de la crítica a la actividad caritativa tradicional y a la plena conciencia y denuncia de las causas sociales de la pobreza, sobre las que tampoco es muy explícito, más allá de las llamadas al papel del Estado y a la responsabilidad de los poderosos a los que quiere convencer de que invertir en servicios sociales en una buena y productiva inversión. Obsérvese también la aplicación de los esquemas clasificatorios propios de la Medicina, al terreno social.

Cuando se plantea las causas y los remedios de la miseria señala algunos factores individuales, clasificándolos de la siguiente manera: En primer lugar estaría la *incapacidad orgánica*, causada por la debilidad o enfermedad de cuerpo o espíritu del pobre, la edad, la enfermedad, el trabajo o las privaciones. Otras veces es la *incapacidad familiar*, provocada por la muerte, el abandono, la negligencia, la mala conducta del padre o de la madre. Otras veces el salario es insuficiente o los recursos están mal utilizados, falta de previsión por parte del padre o una buena educación económica de la madre, o en fin, el paro impide al trabajador ganar su pan: es la *incapacidad económica*. Obsérvese de paso la asignación de roles.

Pero esto no es todo. Se reconoce la complejidad de las diversas causas, los diversos factores que provocan la miseria:

"Si, como era el caso antes de la guerra (la Iª Guerra Mundial), incluso en los países de la Europa occidental, los salarios de una gran parte de la clase obrera son inferiores al mínimo vital, la insuficiencia de recursos constituye uno de los factores dominantes. Si las fábricas y los barrios obreros son insalubres, si los servicios sanitarios y médicos están poco desarrollados o poco activos, si la población permanece extraña al sentido de la higiene, la enfermedad -con sus consecuencias, la debilidad, la invalidez, la muerte prematura del jefe de familia- tiene una parte considerable en el origen de la miseria. Si en ausencia de asignaciones familiares, la mayoría de las casas tienen numerosos niños, se ve que esta carga adquiere una particular importancia. Si en fin, la vida económica es revuelta, el paro sobreviene: el número de casos individuales ayudados por las obras (agencias) se eleva o disminuye con las alternancias de prosperidad y depresión que marcan los ciclos económicos." (Sand,1931:29).

Señala además Sand que la miseria es un círculo vicioso puesto que la familia afectada no puede salir por sus propios medios dada la ausencia de recursos y la debilidad física o moral o la imposibilidad de encontrar un trabajo remunerado que solucione el problema a los padres y también a sus hijos. Resulta necesario proporcionar ayuda material, tratamiento médico, estímulos, un empleo y romper así el círculo vicioso. Esta tarea no es responsabilidad de los asistentes sociales. Sand reclama la generalización de los seguros sociales como los de Alemania, que proporcionen apoyo

en caso de accidente, enfermedad, invalidez, vejez o desempleo; las asignaciones familiares, nacidas en Francia, alivian a las familias numerosas; las pensiones a las madres viudas o abandonadas...

"Por otro lado, cada uno de los factores que engendran la miseria tienen un remedio preventivo: influencias morales, contra los desórdenes de conducta; medidas de higiene, contra la enfermedad; precauciones de seguridad frente a los accidentes; organización del mercado de trabajo, de la vida económica nacional e incluso de la vida económica internacional, contra el paro; orientación, selección y enseñanzas profesionales, contra la falta de habilidad o adaptación al trabajo; fijación de salarios a una tasa que permitan la satisfacción de las necesidades orgánicas y espirituales, contra la insuficiencia de recursos; enseñanza de la economía doméstica que conduzca a una mejor utilización del presupuesto familiar." (Sand, 1931:30).

¿Cuál es el papel reservado dentro de este programa *al service social des cas individuels* en el planteamiento de Sand? Desde su punto de vista tendría que ayudar a cada familia, a cada persona cuyas necesidades materiales o espirituales no están satisfechas. No hace cálculos sobre el número de profesionales necesarios para cubrir semejante objetivo aunque se muestra convencido de que en los países más avanzados los indigentes no pasarían de un tres por ciento por más que muchas otras familias y situaciones deberían de ser objeto de ayuda. Para Sand el servicio social familiar se basa en la reeducación paciente de sus propios intereses, apoyándose en la ayuda de la familia, de los vecinos, amigos y del propio patrón, contando con la colaboración del cura, del médico, de la enfermera, del psiquiatra, del maestro... interviniendo en los problemas que requieren el entendimiento entre los esposos, en los problemas entre padres e hijos, en los problemas de enfermedad de paro, de excesos, desórdenes, en las situaciones de desgracia material y moral.

"En particular, el servicio social familiar vela por las mujeres aisladas y sobre los niños privados de un verdadero hogar: huérfanos, niños abandonados, niños desatendidos o en peligro moral, niños maltratados.

El servicio social participa también de la orientación profesional y a la protección de los adolescentes. Se preocupa de los enfermos. Reconstruye los hogares destruidos por las catástrofes naturales.

Asistentes especializados, institutrices visitadoras (se les llama también institutrices consejeras en Bulgaria), se ocupan de los escolares en el trabajo, la salud, la conducta, los modales, lo que deja de desear, en que están sumidos con influencias familiares desfavorables.

Las brigadas femeninas de policía, compuestas por asistentes sociales ejercen su vigilancia sobre los niños y los adolescentes en las calles, en los parques en las salas de baile.

El servicio social de los tribunales protege a los niños sometidos a la vigilancia del juego, los delincuentes condenados condicionalmente, los prisioneros puestos en libertad, las familias de los detenidos.

Para los enfermos y sus familias, el servicio social de los hospitales y de los dispensarios completa la obra de los médicos y de las enfermeras considerando la enfermedad en la esfera de su vida económica, familiar e incluso espiritual.

El Servicio social psiquiátrico identifica y hace tratar a los niños de carácter difícil, a los anormales y débiles mentales de cualquier edad. Auxiliares especializados se ocupan de los heridos en el trabajo, de los viajeros y de los emigrantes. Ellas faltan todavía en las Oficinas de asistencia judicial; en los procesos de los humildes, afectados sin embargo por graves problemas materiales y morales." (Sand, 1931:34).

A continuación Sand explica una serie de ejemplos y expone también en un capítulo la cuestión de los métodos en el que demuestra su conocimiento de experiencias y autores norteamericanos. En el apartado que titula "El papel económico del servicio social" y a modo de declaración de principios, pero también para constatar a continuación el camino por recorrer, afirma lo siguiente:

"La actividad social se desarrolla constantemente. Está lejos, sin embargo, de cumplir completamente su misión que es la de cultivar íntegramente las fuerza humanas y protegerlas, asegurando en todas las circunstancias a cada uno, válido o inválido, joven o viejo, trabajador o parado, este nivel de asistencia material, de salud, de instrucción, de moralidad, de relaciones amistosas, por debajo de la cual la desgracia es inevitable" (Sand, 1931:59).

A la luz de esta descripción que Sand realiza cuando desciende a relatar las funciones concretas no es de extrañar el análisis que años después realizaría el sociólogo Jacques Donzelot en su tantas veces citada obra *La policía de las familias* (1998). Este autor que comparte perspectivas propuestas también por Foucault o Robert Castel, señala que la filantropía no es un fórmula ingenuamente apolítica de intervención privada en la esfera de los problemas llamados sociales, sino que hay que considerar como una estrategia deliberadamente despolitizante cara al establecimiento de los servicios colectivos, puesto que ocupa una posición neurálgica equidistante de la iniciativa privada y del Estado. "Si consideramos los núcleos en torno a los cuales va a organizarse la actividad filantrópica en el siglo XIX, constatamos, dice Donzelot, que todos se caracterizan por la búsqueda de una distancia calculada entre las funciones del Estado liberal y la difusión de las técnicas de bienestar y de gestión de la población. Primero hay un polo asistencial que se apoya sobre esta definición liberal del Estado para enviar hacia la esfera privada las demandas que le son formuladas en términos de derecho al trabajo y a la asistencia... (Donzelot, 1998:58). La crítica de este autor se refiere al Trabajo Social tal y como lo han entendido siempre los franceses, como un conglomerado de profesiones y funciones, algunas de las cuales, como los educadores especializados aparecen en el escenario durante la década de los sesenta. De esta

manera, asistentes sociales, animadores, y educadores especializados entre otros, se organizan, como él mismo dice, bajo la misma bandera: el Trabajo Social. Para Donzelot el Trabajo Social estaba compuesto por tres instancias: la judicial, la psiquiátrica y la educativa. Hacemos esta aclaración no por resistencia a asumir nuestro propio pasado, sea el que sea, sino para que la crítica que este y otros autores realizan (Verdés Leroux, 1978), sea más comprensible. Donzelot llega a afirmar que el trabajador social va a relegar progresivamente al maestro en la misión civilizadora del cuerpo social.

"Diseminados en multiplicidad de puntos de inscripción, están en cambio unificados por su dominio de intervención, que abarca hasta los límites de las clases "menos favorecidas". En el interior de estas clases sociales apuntan hacia un objetivo privilegiado, la patología de la infancia bajo su doble aspecto: la infancia en peligro, la que no se ha beneficiado de todos los cuidados de crianza y de educación deseables, y la infancia peligrosa, la de la delincuencia. Toda la novedad del trabajo social, toda su modernidad, radicaría en esto: en una mayor atención por los problemas de la infancia, en una crítica consecuente de las antiguas actitudes de represión o de caridad, en la promoción de un interés educativo sin límites, preocupado por la comprensión más que por la sanción judicial, reemplazando la buena conciencia de la caridad por la búsqueda de técnicas más eficaces.(...) Partiendo de la voluntad de reducir el recurso a lo judicial, a lo penal el trabajo social se apoyaría sobre un saber psiquiátrico, sociológico, psicoanalítico, para anticipar el drama, la acción policial, sustituyendo el brazo secular de la ley por mano amiga del educador..." (Donzelot, 1998:99).

Pero para asumir únicamente la parte de crítica que nos corresponda, insistiremos en que hay que ser consciente del contexto en el que este sociólogo escribe y en que la realidad que analiza que no es exactamente el contexto de otras formaciones sociales donde la división del trabajo ha ido por otros derroteros y donde el Trabajo Social en sentido estricto ha tenido otra génesis, otras funciones y ha jugado papeles diferentes, más aun cuando el propio autor diferencia distintas etapas en las que las profesiones han jugado papeles diferentes.

6.3. El caso de Francia y la disparidad de perfiles profesionales.

Antes de volver a los análisis críticos de diversos autores sobre el desarrollo del Trabajo Social e incluso de la idea de *asistencia* en la República Francesa, es necesario exponer

su desarrollo a partir de la información disponible.²¹⁹ En este sentido el informe de René Sand es una fuente imprescindible puesto que la información que proporciona la obtuvo de las ponencias presentadas a la Conferencia internacional de 1928, además de otras informaciones. Pues bien, cuando este autor se refiere al caso francés comienza señalando que en aquella época el servicio social trataba de enfrentarse a los mismos problemas recurriendo a los mismos métodos. A su juicio tres serían los factores que contribuyeron a su desarrollo:

1.- El progreso de las ideas de solidaridad.

2.- El perfeccionamiento de la ciencia y de las técnicas sociales.

3.- La industrialización y la urbanización que, habiendo dispersado a las familias, aleja del hogar a la mujer y los hijos, amenaza la salud física y moral, agrava los riesgos de la vida, requiriendo intervenciones sociales nuevas. Cuando la gran mayoría de la población vivía de la agricultura no estaba expuesta al paro. Si el padre de familia caía enfermo, su mujer, sus niños, sus padres continuaban la explotación de la tierra, jóvenes y viejos tenían siempre la ocasión de ser útiles.

"En las ciudades, la situación es bien diferente; no se puede contar con los vecinos, ni con los parientes que están lejos. Cuando un accidente, una enfermedad, la vejez, el paro agotan la fuente del salario cotidiano, en un breve plazo se produce la expulsión del domicilio y la miseria. Por otra parte, las condiciones del trabajo en la fábrica, el reclutamiento de las mujeres y de los niños en la industria han creado problemas nuevos." (Sand, 1931:71).

Sand considera que ya se pueden identificar en la mayoría de los países que estudia una unidad innegable, aunque existan variaciones debidas a la situación económica de cada país, a su constitución política y a las tradiciones de cada pueblo. Por lo que se refiere a Francia, señala que el servicio social público y el privado están netamente separados quizás más que en ningún otro país. El primero, de carácter puramente administrativo, está reglamentado hasta sus últimos detalles, compartimentado, esquematizado, forma un bloque rígido. El segundo por el contrario es libre y flexible, pero disperso y preocupado continuamente de reunir los fondos que necesita. A su juicio desde la Revolución, Francia buscó la fórmula por la que podría realizar efectivamente el derecho integral a la asistencia que fue la primera en proclamar. Inútilmente, la Convención quiso nacionalizar a la vez los socorros y los

²¹⁹ En estos terrenos se mueve también la brillante obra de Robert Castel *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. No es nuestro propósito comentar aquí las aportaciones del maestro

recursos de la caridad. El Directorio restituyó los "bienes de pobres" a las Comisiones locales. Al mismo tiempo eran creados Oficinas de Beneficencia, primero cantonales, después municipales, cuando el territorio nacional fue dividido en comunas. La asistencia fue incorporada en la organización política y administrativa de Francia, se hizo una organización unificada y jerarquizada como ninguna otra, pero también extremadamente dividida en la base: de los 37.981 municipios únicamente 700 tenían más de 5.000 habitantes y todas, salvo París, tenían un estatuto idéntico. Sin embargo el sistema mostró algunos puntos débiles. A pesar de la participación democrática en la elección de los prefectos y subprefectos que dirigían a los funcionarios y los inspectores, fue poco a poco presa de la inercia. Las pequeñas comunas no poseían ni los recursos, ni las competencias necesarias para organizar los servicios públicos modernos. El "derecho de los pobres" con ingresos procedentes de los impuestos con los que se cargaban los espectáculos públicos y lo que se extraía de los ingresos municipales, no podían ser suficientes para alimentar el presupuesto de la asistencia. Esto implicaba las diferencias entre la asistencia prestada por una u otra comuna, a menudo precarias y casi siempre limitadas a socorros paliativos. En consecuencia se volvió a una nacionalización parcial para ciertas categorías específicas de beneficiarios. Se instituyó la asistencia a los enfermos, a los mayores a las mujeres embarazadas y a las familias numerosas, la asistencia a los niños y a las víctimas de la guerra. Estas diversas formas de asistencia tienen un carácter obligatorio; comportan la intervención financiera del Estado, de los departamentos y de las comunas y son minuciosamente dosificadas por las leyes, los decretos, resoluciones y circulares. Para recibir estas ayudas proporcionadas generalmente por la comuna, el interesado debe de poseer su "domicilio de socorro" y si no existiese tal domicilio la responsabilidad de proporcionar asistencia recaería sobre el departamento o sobre el Estado.

De esta manera se organizó la asistencia médica a los enfermos privados de recursos que en consecuencia, eran atendidos gratuitamente. Una Oficina de Asistencia elaboraba la lista de las personas con derecho a tales cuidados, incluyendo los medicamentos y los aparatos ortopédicos necesarios. Si se trataba de semi-indigentes deberían abonar la mitad del coste del servicio recibido, o las dos terceras partes o las tres cuartas partes, según su fortuna. A juicio de Sand, que como ya señalamos, era

pero resulta imprescindible al menos mencionarlo y señalar la necesidad de su lectura.

médico, el sistema no acababa de funcionar bien. En las pequeñas ciudades la asistencia era muy limitada y en las grandes a menudo el enfermo no era más que un número en un montón de gente anónima; para remediar esta situación se había creado en algunas ciudades el servicio social en el hospital.

También tenían asistencia todos los ancianos, enfermos, o incurables privados de recursos si tenía 70 años o una situación de enfermedad incurable si ésta le impedía sobrevivir con su trabajo. Existen instituciones como los hospitales y los hospicios municipales; cada departamento tiene su *asile d'alienés*, en la terminología que impusieron los alienistas Pinel y sucesores; a partir de 1913, con la Ley de Paul Strauss se concede un salario de cuatro semanas anteriores y otras cuatro posteriores a las mujeres que dan a luz, cuya cantidad es fijada por el Consejo municipal, dentro de los límites fijados por la Ley. La parturienta se beneficia además de asistencia médica gratuita y de una prima de lactancia.

En 1930 se empezaron aplicar los seguros sociales cuyas prestaciones sustituyeron a las del sistema de *asistencia*. Sus prestaciones incluían el tratamiento médico-farmacéutico para el asegurado y su familia, así como prestaciones para los enfermos, inválidos y mayores a los sesenta años en determinadas condiciones. También se preveían pensiones de viudedad y de orfandad. Igualmente, había ayudas especiales para las familias numerosas. Los inválidos, viudas y huérfanos de guerra tenían derecho a una pensión del Estado.

Este era, en resumen, el desarrollo de la normativa y de los sistemas de protección social de carácter público. Respecto a las *obras privadas*, Sand subraya su carácter más flexible, menos rígido, con más capacidad de adaptación que el sistema de asistencia pública. Este tipo de instituciones empleaba auxiliares sociales así como enfermeras visitadoras para desarrollar diferentes funciones en la escuela, en el hospital, con la infancia en situación de "peligro moral", en la industria (como superintendentes de fábrica) en las *ciudades-jardín*, en las *obras familiares*... Precisamente sería la familia el principal objeto de intervención de las organizaciones privadas, algunas de ellas constituyeron centros sociales en los que se agrupan todas las instituciones que pueden ser útiles para la familia. Entre este tipo de organizaciones que son muy numerosas, las

hay de adscripción católica, protestante, judía y neutras, "animadas por tantas buenas voluntades".

Sand incluye en este apartado el relato sobre la organización de la higiene que sería similar a la organización de la asistencia. Distingue dos tipos de higiene: la "higiene pública" se encarga de identificar y aislar las enfermedades transmisibles, de la desinfección, la vacunación, la instalación y vigilancia de la distribución de agua y del sistema de cloacas, la inspección de las mercancías sanitarias y la policía de los establecimientos insalubres. Todo ello es competencia exclusiva de los poderes públicos. En segundo lugar se refiere a lo que denomina la "higiene social" que se ocupa principalmente de la protección de la salud de la madre y del niño, la lucha contra el alcoholismo, la tuberculosis y las enfermedades venéreas, la construcción de habitaciones baratas... todo ello es en gran parte competencia de la iniciativa privada, que recibe subvenciones del Estado, del departamento o de la comuna.

"Bajo la influencia de la Oficina nacional de higiene social, y, en parte, gracias a la intervención de la Fundación Rockefeller, un cierto número de departamentos han instituido un servicio que reunió felizmente la higiene pública y la higiene social. El médico inspector que dirige este servicio se consagra enteramente a sus funciones, ayudado por uno o más adjuntos y por inspectores sanitarios. Disponiendo de un laboratorio, de una oficina de estadísticas demográficas, de un servicio de desinfección, él apoya su acción en los Centros de Salud o dispensarios polivalentes, en los que se encuentra reunida la consulta prenatal y la consulta de los lactantes, los dispensarios antituberculosos y antivenéreos, el servicio de vacunaciones. Las enfermeras visitadoras que se dedican a la vez a la puericultura, a la lucha antituberculosa y otras tareas de higiene social, prolongan en los domicilios la acción educadora de los centros. Esta organización da los mejores resultados (...) está constituida sobre bases muy sólidas, unión estrecha con la asistencia pública y con las obras privadas, institución de centros locales particularmente activos." (Sand, 1931:79).

La política de vivienda y la legislación laboral son otros dos aspectos analizados por Sand, las *obras patronales* tales como prestaciones relativas al vestuario, los refectorios, los servicios de baño y duchas, las pensiones de jubilación, las prestaciones y pensiones por enfermedad e invalidez, los dispensarios de primeros auxilios y de tratamiento, la lucha contra la tuberculosis, la prevención de los accidentes de trabajo, la vivienda obrera, las obras de educación y de recreo...

"La contribución más original que las industrias francesas han aportado al servicio social es el de las prestaciones familiares. Constituyen un sobresalario no proporcional al número de niños, sino progresivo, de tal manera que la pensión del segundo niño es más elevada que la del primero y así sucesivamente..." (Sand, 1931:84).

Para terminar su análisis Sand incluye los grupos de deporte y de educación física, y el sistema educativo que se convirtió en obligatorio para los niños de entre 6 y 12 años. Pone énfasis en señalar que este periodo de instrucción incluye para las niñas la enseñanza de la puericultura. Las Cámaras de comercio y las industrias colaboraron con los servicios públicos de formación y orientación profesional.

"Las municipalidades, las industrias, los sindicatos, las obras religiosas y laicas, han creado bibliotecas, cursos, círculos de estudio y de ocio, sociedades musicales y artísticas, Masas del Pueblo, Centros sociales, de patronos, de hogares. La Unión de cooperativas y una Liga católica dirigen cada una 4000 cines. La institución de jardines obreros ha tomado un desarrollo considerable. El movimiento de muchachos exploradores ha hecho progresos importantes tanto entre las chicas como entre los chicos." (Sand, 1931:86).

La visión de Sand no puede ser más optimista:

"El servicio social debe a Francia las más bellas iniciativas. En 1633, San Vicente de Paúl creó lo que nosotros llamaríamos hoy la primera escuela de enfermeras, el servicio de enfermeras visitadoras, el servicio social en el hospital. En 1784, el Instituto de madres - nodrizas de Lyon instala en cada barrio de la ciudad una consulta médica para las madres y sus niños, y, en 1794, la administración del distrito de Auxerre organiza para los niños lactantes una consulta. En 1793, la Convención vota el principio de la inspección médica escolar. En 1801, Madame de Pastoret funda en París el primer asilo para niños. Es necesario subrayar lo que los sordo- mudos deben al abad de l'Épée, los ciegos a Valentín Haüdy, y los alienados a Pinel, los niños anormales a Seguin y a Bourdeville, la puericultura a Budin y a Pinard, toda la higiene y toda la medicina moderna a Pasteur, a Roux, a Calmette, pues la vacuna parece debernos librar un día de la tuberculosis?" (Sand, 1931:86).

Sand reconoce sin embargo que durante mucho tiempo se había trabajado de manera dispersa pero anuncia que se adivina un movimiento de coordinación puesto que la asistencia y la higiene era ya competencia de un solo ministerio, se había creado la Oficina nacional de higiene social dedicada al estudio, a la documentación, a la estimulación a la propaganda; la Oficina de enfermeras coordinaba las ochenta y seis escuelas de enfermeras que existen en el país, numerosos departamentos habían unificado sus servicios de higiene pública y de higiene social. Todo ello era el resultado de intentar coordinar la acción pública. Respecto a las iniciativas privadas habían comenzado a agruparse en Federaciones locales, regionales o nacionales. Por ejemplo, la *Nouvelle Etoile des Petits Enfants de France* asociaba en una estructura orgánica los diversos dispensarios y servicios que protegen a las madres y a los niños de cualquier edad. Lo mismo sucedía con los Centros de salud o dispensarios polivalentes, las obras dedicadas a la infancia, a la tuberculosis o a las enfermedades venéreas. Por otro lado,

Sand señala una tendencia a la especialización: las enfermeras especializadas en puericultura o en la lucha contra la tuberculosis tendían a sustituir a las enfermeras polivalentes. El mismo proceso de coordinación se daba en el terreno más específico de la acción social:

"En el dominio de la caridad propiamente dicha, la Oficina central de la beneficencia se reúnen las diez mil obras de la región parisina, y otras Oficinas tratan de conseguir el mismo objetivo en provincias. Un Fichero central de asistidos ha sido creado en París. En cada uno de los distritos de la capital o de las comunas vecinas una Unión de Obras mantiene en la Alcaldía una permanencia de ayuda social, y estas Uniones están agrupadas en una Federación. Las enfermeras, las asistentes sociales han formado asociaciones nacionales. Los centros sociales poseen una Federación. Un Comité de acuerdo coordina las siete escuelas de servicio social.

La aplicación de la ley Loucheur sobre viviendas baratas, la votación de créditos especiales destinados a la construcción de hospitales, de sanatorios y de escuelas, la puesta en marcha de seguros sociales, la esperada revisión de la ley sobre higiene pública, la promulgación, sin duda próxima de la ley volverá obligatoria la organización de la inspección médica escolar con la colaboración de enfermeras, van a enriquecer el armamento social de Francia." (Sand, 1931:87).

El 27 de octubre de 1927, se había celebrado en Nancy el VII Congreso nacional de asistencia pública y privada. En dicho congreso se habían proclamado los siguientes principios sobre los que, a juicio de Sand, conducen a la elaboración de una verdadera política social:

- 1.- La unificación de la asistencia y de la higiene públicas se impone a todos los grados de la jerarquía administrativa.
- 2.- La acción de los poderes públicos debe asociarse íntimamente con los de las obras privadas.
- 3.- Es necesario llevar una lucha de conjunto contra todas las plagas sociales, bajo una dirección única, aplicando un programa coordinado, utilizando métodos irreprochables y recurriendo a un personal competente, es decir en primera línea a las enfermeras visitadoras y a los asistentes sociales.

Una política de este tipo debería asentarse en el sentido de la responsabilidad colectiva, el sentido de la higiene y el sentido de colaboración en los esfuerzos humanos.

Muchos comentarios se podían hacer a la visión que ofrece este análisis de Sand pero nos centraremos en dos que nos interesa señalar en función de nuestro objetivo. En primer lugar es de resaltar la imprecisión en los conceptos utilizados. Bajo la denominación *servicio social* se engloban una serie de medidas que van desde la

creación de los seguros sociales, la política de vivienda, la política de salud y de higiene, la creación de un sistema de inspección sanitaria, la protección a la infancia, la creación de instituciones específicas... De esta manera, al principio de su libro cuando se refiere al *servicio social* parece hacerlo con mayor precisión e incluso se ve la influencia de los principios y de las experiencias anglosajonas que él conoce bien; pero cuando intenta describir la situación del *servicio social* en sentido estricto se ve obligado a remitirse a todos los sistemas de asistencia. La segunda cuestión a subrayar es consecuencia de la anterior: no proporciona información de lo que ya entonces era una profesión, y una disciplina incipiente: el Trabajo Social. Más allá del despliegue de prestaciones e instituciones, pocas referencias a las enfermeras por un lado y a las asistentes sociales por otro. El discurso es indicativo de la realidad de las trabajadoras sociales en esas primeras décadas en la república francesa, una realidad que les diferencia del desarrollo alcanzado en los Estados Unidos en cuanto a la construcción de la disciplina. Sencillamente creemos que en Francia y también como veremos en el resto de Europa no hay tal. En esta época ya se conocía la obra de M. Richmond, que como dijimos en su momento, es un buen exponente de principios y sobre todo de métodos, pero mientras las colegas norteamericanas habían definido su perfil profesional, habían avanzado de manera importante en la creación de puestos de trabajo y habían incorporado diversas aportaciones teóricas procedentes de la Escuela de Chicago e inmediatamente del psicoanálisis, el conductismo, etc., no parece que sucediera lo mismo a este lado del Atlántico. La descripción de los planes de estudio y la ausencia de investigación propia parece demostrar esta aseveración de manera incontestable.

Por otro lado, la visión optimista que Sand manifestaba al principio de la década de los treinta no es compartida por otros analistas de la misma nacionalidad. Nos referimos concretamente a las aportaciones de Bahman y Simonin (1981) y por Jeannine Verdès-Leroux publicadas también el mismo año, en el análisis de estas primeras décadas del siglo XX en Francia.

Para los primeros, la noción de *asistencia* es un invento realizado a finales de la década de 1870 por parte de una fracción de la gran burguesía y de la aristocracia católicas, excluidas del poder después de la instauración de la República. La idea de asistencia se opone a la vez a la vieja "beneficencia", (simple caridad incapaz de resolver los problemas sociales) y también a la Asistencia pública, fundada sobre el

Derecho y que no hacía sino responsabilizar a los pobres. La opción por la intervención individualizada se apoya en la técnica de asociar al marginado con su propia regeneración. Coherentemente se va a desarrollar toda una concepción de la "paz social y del progreso". Esta opción, según estos autores no consiguió la unanimidad de las clases dirigentes. Estaría también en relación con el feminismo naciente. Refieren el caso de Jeanne Bassot, militante social, hija de un general, a la que su padre quería internar porque en lugar de escoger una vida de esposa modelo, pasaba su tiempo en la Casa social en compañía de criaturas depravadas. "Esta generación de "grandes damas" que pertenecían a menudo a familias privilegiadas y conservadoras han marcado los orígenes de lo social con el sello de la Moral y de la Vocación". Sin embargo, durante el mismo periodo apareció la versión tecnicista del mismo movimiento. Se trataba de "educar" a la clase obrera proveyéndoles de reglas de vida simples y de principios de organización cotidiana. Esta corriente se juntará tardíamente con el Trabajo Social, después de un larga andadura en solitario, con la creación de "la economía social y familiar". Los autores insisten en el discurso abiertamente moralizador y despreciativo que caracterizaba los orígenes. Se pueden multiplicar, dicen, las referencias demuestran el desprecio de clase más patente: los obreros son "groseros", "víctimas de sus vicios", "psíquicamente débiles", y en consecuencia se trata de "redirigirlos", "moralizarlos", enseñarles la limpieza, el orden, la higiene, de manera que no sean "presa de los agitadores". Esta empresa de civilización de las clases primitivas que trata de hacer retroceder el peligro social, aparece hoy como un discurso cínico de los propietarios. Asumir tales orígenes para el sector social, presenta a veces algunas dificultades, tanto más cuanto que los sociólogos del poder, en los años sesenta y setenta no han dejado de recordarlo. Posteriormente, ya en los años setenta, el reconocimiento de estas vinculaciones del Trabajo Social con los medios ideológica y socialmente conservadores van a aumentar el malestar de los nuevos grupos profesionales que ya nada tenían que ver con los grupos privilegiados pero que no tenían, como en Gran Bretaña, la posibilidad de reconocerse en una corriente de izquierda -el socialismo fabiano del matrimonio Webb, de G.B. Shaw y H.G. Wells- que a finales del XIX habrían contribuido a fundar la profesión (Bahman y Simonin, 1981:100).

Por lo demás, las previsiones optimistas de Sand habrían de esperar aún más de una década según Bahman y Simonin, puesto que la Seguridad Social fue creada con las ordenanzas de 1945 y paralelamente se organiza la lucha contra las "plagas sociales", la

tuberculosis y la mortalidad infantil. En este contexto el Trabajo Social va a dar algunos pasos. Citando a Cassegrain y Dutrénit (1979), "el servicio social, que hasta entonces se ha desarrollado de manera esporádica alrededor de las iniciativas privadas e individuales, sin organización de conjunto, va a llegar a ser el agente oficial en el que las administraciones públicas y semipúblicas (CAF, *Sécurité Sociale*, MSA), van a confiar en parte la ejecución de su programa". Es en 1945 cuando se crea la Asociación nacional de asistentes sociales, que como en el caso de los educadores, supone un paso en la profesionalización que tendrá también consecuencias en la organización del sector. Cassegrain y Dutrenit señalan dos de estas consecuencias: "la toma de conciencia parcial de un cierto paternalismo patronal que los opone a los médicos y la impresión difusa de lagunas teóricas ...".

Conviene subrayar que un rasgo característico del caso francés es la segmentación de lo social. Bajo la denominación Trabajo Social se incluían en 1980, 26.850 Asistentes de servicios sociales, 408 Consejeros en Economía social y familiar, 7.200 Trabajadores familiares, 2.700 Animadores, 1.250 Consejeros conyugales, 900 Delegados de tutela, 40.000 *Aides ménagères*, 287.500 *Assistantes maternelles agréés*,²²⁰ 22.650 Educadores especializados, 3.110 Educadores técnicos, 6.610 Educadores de niños, 16.770 Monitores educadores y 2.000 Ayudantes médico-psicológicos.²²¹ Semejante disparidad dificulta el análisis de nuestro objeto de estudio, al menos el que nosotros pretendemos que no es otro sino el Trabajo Social tal y como se entiende internacionalmente, es decir en sentido estricto. Los franceses, el ministro Strauss en concreto hablaban de "profesión segmentada" a nuestro entender de manera impropia porque no se estaban refiriendo a una sola profesión sino a más de diez con identidades, tradiciones, funciones etc. muy diferentes entre sí. Al parecer esta disparidad sobre la que Strauss escribía en 1961 en *American Journal of Sociology*, se ha venido manteniendo en mayor o menor medida. No hace muchos años tuvimos un encuentro con educadores especializados del otro lado de los Pirineos a fin de estudiar las posibilidades de colaboración en materia de investigación. La reunión se convirtió en algo casi esperpéntico porque muy pronto ambas partes descubrimos lo vano del

²²⁰ Prefiero respetar la denominación original porque cualquier traducción podía ser errónea. No conocemos el perfil profesional ni las funciones, ni la razón peculiar por la cual en Francia se unieron este tipo de profesiones bajo la misma denominación de Trabajo Social.

²²¹ Esta información procede de *Institutions sociales de la France*, bajo la dirección de P. Laroque, *Documentation française*, 1980. Citada por Bahman y Simonin, 1981:102.

intento. Probablemente en un futuro próximo y como consecuencia de la homogeneización de los estudios universitarios en el espacio europeo, Francia tenga que clarificar el terreno y optar por utilizar las denominaciones profesionales en el mismo sentido que se utilizan internacionalmente.

No queremos finalizar este apartado sin referirnos al trabajo de Verdés-Leroux que ofrece una visión de la época de los comienzos mucho menos idílica que la que ofrecía Sand, advirtiendo también que su objeto de análisis es todo el entramado de profesiones distintas que se agrupan en Francia bajo la misma denominación. Para esta autora el comienzo de la asistencia social se proponía arrancar a la clase obrera al socialismo demostrándole la inutilidad de la Revolución para mejorar su condición. Con este propósito, la asistencia social es concebida, financiada y puesta en práctica por elementos de la fracción de la clase dominante que había perdido el poder político con los acontecimientos del 16 de mayo de 1877, fracción constituida por grandes burgueses y aristócratas, unidos a las tradiciones autoritarias y a la religión, opuestos a la República o realistas resignados. Durante este primer periodo, la asistencia social es esencialmente un asunto de mujeres en el que actúan las esposas de los aristócratas que dominan los patronatos y atraen, por su nombre e influencia social, las limosnas y las buenas voluntades o también pueden ser delegadas procedentes del pueblo, solteras la mayor parte, procedentes de la burguesía situada, y que buscaban a cualquier precio una alternativa a la vida familiar, como muestra la frecuencia de su compromiso anterior en las grandes ofensivas contra el régimen, en particular su adhesión a la "Liga de la Patria Francesa" durante el asunto Dreyfus.²²² En el origen, estas nuevas obras constituían para ellas más que un trabajo, una forma de intervención política, juzgada inferior pero reconocida. Su procedencia era mayoritariamente católica, aunque independientes de la iglesia, que, al mismo tiempo multiplica las iniciativas infructuosas en dirección al mundo obrero, las pioneras de la asistencia social están sacadas de un medio restringido con un nivel de integración suficiente para desembocar en unas prácticas comunes al servicio de un plan claramente indicado si no preciso: asegurar la paz social en el progreso. "Derribar las barreras", conseguir "la fusión de los hombres" en "la unión íntima y fecunda de todas las clases", su "penetración mutua", este es el proyecto que unía a un conservadurismo político profundo y un reformismo social limitado,

²²² El asunto Dreyfus comenzó en 1894.

suficiente sin embargo para señalar la originalidad respecto a otras fracciones de la clase dominante que frente al desarrollo del movimiento obrero, optan por el reforzamiento de la coerción.

A juicio de Verdes-leroux, aunque se le haya interpretado como una de las figuras de la caridad, o confundida con la Asistencia pública, la asistencia social por el contrario se define a partir de una crítica de dos formas existentes de asistencia. A la beneficencia cristiana se le reprocha no haber servido para nada: ha entretenido a los pobres, ha reproducido la pobreza y ha sido incapaz de oponerse a la lucha de clases y de contribuir al apaciguamiento social. En cuanto a la asistencia pública no ha sido únicamente impotente, sino nociva porque se ha fundado sobre el reconocimiento de derechos sociales. Dando a entender que la noción de derecho es ciega y sobre todo estrecha, la asistencia social enmascara su grave verdad: es peligroso tener en cuenta derechos, pues eso implica admitir a la vez que las dificultades sociales no son fenómenos singulares y aleatorios ("los designios de la Providencia") sino la consecuencia de procesos socioeconómicos, y que la corrección de las desigualdades más irritantes no se solucionen con la beneficencia, sino como una negociación en función de un producto de la relación de fuerzas. A esta asistencia que no produciría más que respuestas no adaptadas, por indiferenciadas, la asistencia social opone su propia capacidad para suministrar una solución individualizada a las dificultades de cada uno. La crítica de los resultados de la asistencia pública y de la caridad se acompañan de una crítica de sus métodos: el automatismo o el sistematismo de la primera, como el recurso a las cualidades del corazón de la segunda, suponen una completa ignorancia de la mentalidad, de la psicología de las clases populares. Igualmente, la una y la otra no piden a los "asistidos" un acto positivo de asociación, no pueden contribuir a su elevación, a su promoción y aceptan de hecho que ellos persisten en lo que son (Verdès-leroux, 1981:13).

Para esta autora el objeto de intervención de la asistencia social así concebida no es otro que la clase obrera urbana que es identificada como grupo aparte de la masa de los *asistibles*. Quedan fuera de su atención los indigentes porque son un grupo improductivo y sobre todo porque no son peligrosos desde el punto de vista político, éstos quedarían en manos de la Asistencia pública y de la caridad. Lo que importa es la clase obrera de las ciudades porque es en éstas donde se produce el antagonismo

principal que ya no es entre pobres y ricos sino entre proletarios y empresarios. La clase obrera es el grupo amenazante por su importancia numérica y por su capacidad revolucionaria. Los promotores de la asistencia social reconocen que existen clases opuestas y diferencias sociales pero el conflicto se reduce a una oposición estática entre favorecidos y desprovistos, a la cual se le da una interpretación psicológica: la clase obrera, ignorante y viciosa, no es capaz de asegurarse el bienestar que, teóricamente es accesible para todo el mundo conforme a los principios del liberalismo, ni, por falta de armadura moral, asumir su condición adhiriéndose de manera realista al orden establecido. Este reconocimiento de la naturaleza real del antagonismo (es decir la relación causal entre la riqueza de unos y la pobreza de los otros) y del carácter dinámico del conflicto (la dialéctica de los beneficios de la producción) es igualmente inscrita en los modos de intervención. Para oponerse a las formas colectivas de las acciones de defensa (sindicalismo y socialismo, conciencia de clase) se preconiza una acción individual entendida como una asistencia educativa, adaptada a los problemas personales, lo que permite ignorar la regularidad estadística y el origen. Los efectos -la miseria material y la privación moral según la mirada de las normas dominantes- son tomados como las causas relevantes de un tratamiento social y educativo apropiados. El producto de este principio de interpretación aparecía en el resultado obtenido -justificar para la clase dominante la empresa de control y de imposición de una hegemonía cultural que completa su dominación económica- antes que en el objetivo proclamado pero nunca buscado seriamente: sacar a los elementos (individuos) de la clase obrera de su "abatimiento" material y moral para conducirlos al (mítico) nivel conveniente que les asigna el orden social. El proyecto de la asistencia social naciente no es pues el de "ayudar" a los obreros que tienen dificultades -este vocabulario es moderno - sino el de educar a la clase obrera, es decir suministrarles las reglas de buen sentido y las razones prácticas de la moralidad, de la disciplina en sus modales, en su casa, en su presupuesto, en su cabeza. Se trata de imponer como universal un sistema único de representaciones de conductas, el de la clase dominante, descalificando el modo de vida de la clase dominada: por eso se trata de imponer la Civilización fundada sobre la Razón y el Progreso, en lugar del estado de naturaleza que se mantenía en la clase dominada, naturaleza desnaturalizada que no conocía más que el dejarse ir, incapaz de acceder por ella misma al orden y a la regla, naturaleza desgastada y viciosa, insensible al Bien y a lo Bello.

Hasta aquí la síntesis, casi textual, del análisis que Verdès - Leroux realiza sobre el nacimiento de la asistencia social en Francia. Hemos señalado que Sand no proporciona información sobre el desarrollo profesional. Esta autora sin embargo, relata que antes de 1914 se ponen en marcha residencias sociales, copiando el modelo de los *settlements* que habían nacido en Inglaterra en 1870 y que después, como ya hemos expuesto, se extendieron a los Estados Unidos. También en Francia se abrieron algunas sedes en las que se ofrecían a las mujeres y a los niños de los barrios diferentes servicios. A juicio de esta autora estas residencias formaban parte de los mismos propósitos morales y religiosos pero en este caso dirigidos específicamente a las mujeres y los niños puesto que no consiguen conectar con los obreros. Aun más efectuaban una selección entre las candidatas a utilizar sus servicios de manera que las mujeres de los militantes quedaban excluidas. Se trataba además de un encuentro entre individuos huyendo de las "manifestaciones colectivas". En definitiva, copiaron la fórmula pero con otros propósitos e intereses, con otra metodología que nada tenía que ver con el significado del movimiento de los *settlements* norteamericano y mucho menos con el *Hull House* de Jane Addams.

Así pues, la tesis defendida por esta autora es que el desarrollo de la asistencia social constituye una respuesta adaptada a la nueva fase del antagonismo de clases caracterizado por la pujanza de la clase obrera urbana. El comienzo de la Guerra Mundial de 1914 vino a cambiar esta situación puesto que por un lado se puso el objetivo de la *grandeur de la France* como algo a conseguir con la colaboración de todas las clases. Los obreros que habían pagado en la guerra un alto tributo, debían de ser patriotas y colaborar sinceramente mientras que algunas conquistas sociales que se habían conseguido antes de 1914 eran puestas en cuestión, se suspendieron algunas leyes sociales, la duración de la jornada de trabajo era a menudo ilimitada y los salarios con frecuencia, fueron bajados y bloqueados. La guerra supuso una pérdida de derechos y de poder político de los trabajadores. Sin embargo es el momento en el que las prácticas de servicio social se transforman y se diversifican, se crean nuevas funciones: enfermeras visitadoras, superintendentes de fábrica, visitador-controlador de seguros sociales, asistente familiar polivalente... permitiendo una intervención generalizada sobre la vida cotidiana de las clases populares. En esta fase, dice Verès-leroux, es la autoridad médica la que se impone para elaborar la doctrina, confortar a los agentes y justificar los nuevos modos de intervención. Como se ve se trata de una lectura de la

realidad muy diferente a la que nos ofrecía Sand en su informe sobre el *servicio social* en Francia hecho al comenzar la década de los años treinta. Por lo demás, el servicio social en las empresas aparece durante la Primera Guerra Mundial, en 1917, en el seno de las fábricas de armamento como respuesta a dos cuestiones: la primera no es otra que el aumento de la productividad y la segunda tenía que ver con el riesgo moral que implicaba la situación de las mujeres trabajadoras desplazadas a las zonas industriales y que vivían en promiscuidad con la mano de obra masculina que no había sido enviada al frente.

Tendrán que llegar los años setenta para que aparezcan en el interior del *servicio social* corrientes vinculadas al movimiento sindical, opuestas al modelo vigente y que se plantean la crítica al rol de control social intentando redefinir la profesión tratando de encontrar la autonomía y la "verdadera" naturaleza del *servicio social*. Sin duda este debate sigue siendo complicado dado que todavía hoy, el título "trabajadores sociales" continúa incluyendo en Francia, profesiones y oficios muy variados con niveles de formación diferentes y campos de acción que poco tienen que ver entre sí.

A esta situación se añaden las tradiciones de la Universidad francesa a las que tenemos que hacer referencia para comprender la evolución de la formación de los trabajadores sociales. En Francia sólo Medicina, Derecho, Letras y más recientemente, Ciencias estaban en el seno de la institución universitaria. Las profesiones nuevas aparecidas después del siglo XIX han construido sus sistemas de formación fuera de la Universidad. Es el caso de las "Grandes Escuelas" para los ingenieros, los veterinarios o también el de la ENA, la Escuela Nacional de Administración donde se forman los altos funcionarios. A esta situación se añade la tradición de controlar la formación por parte de los sectores implicados: agricultura, comercio, industria, salud, educación nacional... En este contexto, la formación de los trabajadores sociales franceses se ha hecho fuera del marco de la universidad con una dependencia dominante del Ministerio de Asuntos Sociales para los *asistentes de servicio social* y los trabajadores familiares entre otros mientras que los educadores técnicos especializados, los educadores de infantes, los consejeros en economía social y familiar o monitores educadores y los auxiliares médico psicológicos dependen a la vez de Asuntos Sociales y del Ministerio de Educación Nacional, mientras que los animadores DEFA además de depender de Asuntos Sociales están relacionados con el Ministerio de la Juventud y Deportes.

El caso de los "asistentes de servicio social" es un poco especial porque a pesar de estar situados fuera de la Universidad han establecido múltiples lazos con instituciones universitarias como las Universidades católicas (Lille y Angers) o con la de Montpellier con la creación del Instituto psicopedagógico médico social que depende de la Facultad de Medicina. En otros casos hay acuerdos para impartir conjuntamente el Diploma de Estado de "asistente de servicio social" (DEAS) y una licenciatura (ciencias de la educación o administración económica y social). Otras universidades han creado formaciones profesionales o han impartido cursos de formación dirigidos específicamente a los trabajadores sociales ya diplomados (Pascal, 2000:79).

La misma disparidad ministerial se dio en el reconocimiento del diploma de cada profesión. El diploma de enfermera visitadora se instituyó en 1922, el de asistente social diez años después y estos dos diplomas se fusionaron en 1938. El de los trabajadores familiares en 1949 y el de los educadores especializados en 1969. Las demás profesiones consiguieron su reconocimiento académico en años posteriores.

En este terreno tan segmentado, Pascal ha propuesto recientemente una definición de la identidad de los "asistentes de servicio social". Según él éstos se han constituido como profesionales teniendo como objetivo central el contribuir a resolver "la cuestión social" y por consiguiente tratar a la vez junto a las personas pauperizadas en una acción directa a los poderes públicos a fin de suscitar política sociales nuevas. A su juicio su pertenencia a corrientes ideológicas marcadas como el catolicismo social, el cristianismo social protestante y el solidarismo les inscribe en el reformismo social y en el feminismo. Este autor recuerda además que ya en la primera Conferencia internacional del servicio social de París, se incluía en la definición del servicio social "la acción legislativa y administrativa de la colectividad" . Esta voluntad de intervenir en la legislación social quedó como una seña de identidad de las enseñanzas del servicio social (Pascal, 2000:83).

A esta segmentación de lo social en el caso de Francia se refiere también Brigitte Bouquet (2000:213). Para esta autora, tal situación tendría su origen en el mismo momento del nacimiento del servicio social en Francia puesto que nacería vinculado a dos realidades distintas: de un lado la corriente higienista, en la que el servicio social

habría buscado imponer su papel y su propia concepción, y por otro lado estaría lo que esta autora denomina el "crisol filantrópico" del que el servicio social habría querido desmarcarse a favor de una concepción educativa y de un espíritu de mayor justicia social. Este doble origen habría dado lugar a dos modelos que coexistieron hasta 1938: las enfermeras visitadoras y los trabajadores sociales. Cada uno de estos modelos revela una génesis diferente, presenta una concepción particular por su ideología, sus finalidades y su formación.

Siguiendo a esta autora las enfermeras visitadoras son el producto de una nueva concepción de la profesión de enfermeras y de la corriente higienista. A partir de 1870 las enfermeras laicas entran masivamente en el campo de la Medicina y en las instituciones hospitalarias como consecuencias de algunos acontecimientos políticos y de los cambios de la medicina y de la propia evolución social que trae consigo la reivindicación feminista en el sentido de una mayor presencia femenina en el mundo del trabajo remunerado. Sin embargo, a pesar de la iniciativa de algunos médicos, como el Dr. Bourneville que empezó a organizar cursos de formación en enfermería, Francia acumuló un cierto retraso en relación con lo que pasaba en los países anglosajones y concretamente en imitar el modelo propuesto por Florence Nightingale. Fue la iniciativa privada la que juzgó que la situación era desastrosa y puso en marcha sus propias experiencias de formación. En 1900 Mme. Alphen-Salvador fundó la "Asociación para el desarrollo de la asistencia a los enfermos" que sería la responsable de la puesta en marcha de la Escuela de la calle Amyot. Dicha escuela se situaba en la corriente laica y republicana y era el resultado de la voluntad de crear una profesión femenina. Otra iniciativa similar fue la que puso en marcha Melle Hamilton en 1901 denominada "La casa de salud protestante de Burdeos". Hamilton era una médico partidaria de reformar las profesiones de la salud y de que las mujeres jugaran un papel en los hospitales. En 1904 se fundó también "La casa-escuela de enfermeras privadas". Su fundador y director fue Léonie Chaptal que contó con el apoyo de su hermano obispo. En este caso se conjugó la identidad católica el propósito de añadir competencia profesional a la benevolencia en las obras sociales y en la acción sanitaria. Más allá de las características propias de cada una de estas iniciativas, las tres presentan como rasgos comunes la voluntad de promover una profesión femenina, poner en marcha un modelo y proporcionar una formación de élite. Comenzando por conquistar el terreno de los

cuidados a domicilio pasaron progresivamente de ser visitadoras sanitarias de los pobres a ser enfermeras-visitadoras.²²³

Dos factores influenciaron en el proceso de profesionalización que les ayudaron a situarse de manera definitiva. En primer lugar la corriente higienista que supuso una auténtica mutación de los dispensarios. Aquí la figura es el Dr. Calmette que creó el primer dispensario antituberculoso en Lille, en 1901. En relación con este dispensario, Calmette reclutó en el medio obrero "monitores de higiene", un nuevo rol social que coincidía con la feminización creciente de las profesiones sanitarias. Contaron además con la alianza de muchos médicos que sin renunciar a una vigilancia estrecha de su trabajo vieron en ellas sus "auxiliares" además de considerarlas unas "apóstoles de la higiene". En segundo lugar, el modelo anglosajón de las enfermeras visitadoras les sedujo y se propusieron reproducirlo en Francia. En 1913 Marie de Montmort y Marie Diemer crearon en 1913 un comité de enfermeras visitadoras que se transformó en asociación en marzo de 1914 poniendo en marcha una enseñanza específica. Por último, las consecuencias de la primera guerra mundial aceleraron el proceso de profesionalización. La intervención americana en Francia fue decisiva puesto que además de crear numerosos dispensarios subordinó su ayuda al reclutamiento de enfermeras visitadoras y tendieron a imponer su concepción de formación subvencionando a las escuelas existentes y creando otras. Las reformas legales que ya hemos citado, (la Ley Strauss de 1913, la Ley Bourgeois de 1916, entre otras) preconizaron la creación de dispensarios anti-tuberculosos para los que se precisaba un personal especializado, preferentemente enfermeras visitadoras. De esta manera pues, a partir de las iniciativas privadas femeninas y bajo la atenta mirada de los médicos, las enfermeras visitadoras se van a desarrollar gracias a las diferentes leyes de higiene y verán su papel plenamente legitimado por el Estado. Para 1930 ya había 2.400 en ejercicio, tras recibir la correspondiente formación en alguna de las sesenta y siete escuelas existentes. En 1933 ya serán 3.000 profesionales que jugarán un papel polivalente acercándose más y más a los aspectos sociales.

²²³ Para analizar el caso español ver Gascón Pérez, E.; Galiana Sánchez, M^a E.; y Bernabeu Mestre. 2002, así como la bibliografía citada en este trabajo.

De manera paralela, existe otra rama profesional que marca su distancia de los aspectos médicos y médico-sociales. Esta otra rama, siguiendo a Bouquet, se subdividiría a la vez en otras tres corrientes distintas: las residencias sociales, el servicio social familiar y los superintendentes de fábrica. La primera de ellas no sería sino una copia peculiar de los *settlements houses*, peculiar porque los pocos que existieron tuvieron una vida más bien limitada (1896-1909), y aunque también estuvieron implantados en los barrios populares y desarrollaron igualmente actividades educativas no llegaron ni de lejos a alcanzar la relevancia social de sus homólogos norteamericanos. Sospechamos además que tampoco la ideología en que se sustentaban y los objetivos que perseguían estaban más en relación con los comienzos del movimiento en Inglaterra que con su posterior desarrollo en los Estados Unidos.

La segunda corriente, el llamado servicio social familiar, tendría que ver con la necesidad de los cristianos de repensar la caridad por un lado y además por la necesidad de la racionalización de los métodos de asistencia y de desarrollo de la técnica, teniendo en cuenta además la aparición en escena de las ciencias sociales. Como en el caso de los países anglosajones se trataría pues de hacer científica la caridad, pero también de continuar aquella pretensión del Barón de Gérando en *Le visiteur du pauvre* de crear una nueva tecnología de la asistencia, como ya señalamos anteriormente. Para ello la acción social necesitará de nuevas técnicas, de una cualificación y también de una mayor organización. En este contexto se van a crear, sobre todo en París, las escuelas de trabajadores sociales siempre con una clara identidad confesional. Por ejemplo, en 1908 la Escuela libre de asistencia privada creada por el sacerdote Viollet; la Escuela práctica de servicio social, fundada en 1913, de adscripción protestante, fundada por el pastor Doumergue y que pretendía proporcionar una educación especial a las mujeres para su papel en el hogar o en la sociedad y formar ayudantes sociales que podrán entrar en las obras sociales a título remunerado o voluntario. También se proponía acercar las ciencias sociales a la práctica social. Por último citaremos también a la Escuela normal social creada en 1911 por Andrée Butillard, relacionada con el sindicalismo femenino cristiano. La E.N.S. es un centro femenino católico de enseñanza teórica y práctica de formación y documentación social que se dirige a las "promotoras", mujeres que quieren especializarse en lo social y a las "propagandistas" obreras que se formarán en la acción sindical (Bouquet, 2000:218).

La tercera tendencia fue la de superintendentes de fábrica que parece tuvo su origen en la preocupación, ya señalada, que suscitaban las mujeres trabajadoras enroladas en las fábricas de armamento durante la primera guerra mundial, desplazadas de sus lugares de origen y en convivencia con los pocos varones que no habían sido alistados en el ejército. Esta corriente relacionada con la empresa parece ser que llegó a España, vía Cataluña, incluso antes que ninguna otra.

A imagen y semejanza de los éxitos conseguidos por las enfermeras-visitadoras en cuanto a su profesionalización y reconocimiento social, también las escuelas y las trabajadoras sociales van a intentar conseguir un diploma de Estado, paso imprescindible para alcanzar el estatus de profesión. Lo intentaron sin éxito en 1924 porque el Consejo Superior de Asistencia pública se opuso con el argumento de que el servicio social no constituía propiamente el ejercicio de una profesión, pero como consecuencia de la celebración de la Conferencia internacional de París, de 1928 se volvió a intentar consiguiendo en 1932 un decreto por el cual se creaba *el diploma de capacidad profesional permitiendo llevar el título de asistente de servicio social diplomado del Estado francés*. Este diploma se alcanzaba después de cuatro años y ya se diferenciaba nítidamente del de las enfermeras visitadoras. En los años siguientes las recientemente diplomadas intentan responder a necesidades sociales no cubiertas y de paso crear su propio empleo. De esta manera aparece el servicio social de higiene escolar y de protección maternal e infantil, desarrollado a partir de 1920 (Y. de Hurtado), el servicio social de hospital (sus comienzos en 1914 y desarrollado en 1920 (Mme. Ghetting), el servicio social de las cajas de compensación, los centros sociales, el servicio social de los tribunales de menores, el servicio social de ayuda a los inmigrantes... Por otro lado la creciente aparición de diferente legislación social va a colaborar también en el proceso.

A pesar de la distancia creada ya en esta época entre los dos modelos: enfermeras-visitadoras y asistentes sociales, a finales de los años treinta, con el decreto del 17 de febrero de 1938 y de la mano del ministro de salud Henri Sellier curiosamente se van a volver a unir. No debían estar las identidades muy construidas porque, dice Bouquet, se contrataban enfermeras-visitadoras o asistentes sociales para trabajar en los diferentes servicios de higiene social o en los organismos públicos o privados sin mirar demasiado su título. Debían considerar que el higienismo y la lucha contra la pobreza eran distintas

caras de la misma moneda y por tanto resultaba indiferente que quien interviniese fuese la enfermera-visitadora o la asistente social. El ministro Sellier se propuso coordinar ambas tareas y fusionó en un solo organismo el comité de perfeccionamiento de las enfermeras y el comité de perfeccionamiento de las escuelas de asistentes sociales. El resultado de esta fusión es la aparición una única fórmula: algo que se denomina asistencia social que va a dar un sesgo médico-social al servicio social durante este periodo.

Así pues, concluye Bouquet, la estrategia de profesionalización en Francia hasta la segunda guerra mundial se apoya en dos preocupaciones: la ausencia de higiene y la disgregación familiar, parte del crisol filantrópico laico o confesional pero desmarcándose, elabora su propio modelo técnico en el que el lugar de la mujer es primordial y consigue ser reconocido por los poderes públicos; después se inscribe en las políticas sociales que le aseguran su desarrollo. Pero a lo largo de este proceso, esta conquista será sin cesar canalizada, limitada y vigilada con el fin de que las nuevas profesiones hagan juego con el orden social establecido; más aun, se hará lo necesario para que ellas lo asuman y se adhieran ellas mismas (2000:224).

6.4. Bélgica.

Para analizar el caso de Bélgica volvamos otra vez al informe de René Sand que en este caso analiza si cabe, con mayor autoridad puesto que fue el fundador y administrador de la Escuela Central de servicio social de Bruselas, una institución de carácter temporal que organizaba actividades de formación. Como en el caso de Francia, Sand describe la organización de diferentes servicios sanitarios y sociales, el funcionamiento de algunas instituciones, con especial énfasis en el sistema penitenciario, pero tampoco menciona información relativa al proceso de profesionalización, más allá de las referencias a las Escuelas.

Comienza su informe utilizando el concepto de "régimen de libertad subsidiada" para expresar que en el terreno de la enseñanza, de la prevención, de la asistencia y de la

higiene tiene un papel fundamental el sector privado, aunque esté financiado por el Estado. Menciona como ejemplos la Obra nacional que controla todo el "armamento antituberculoso" y también la Obra nacional que se ocupa de la infancia, creada por ley y que agrupa a todas las instituciones de protección del país. Esta organización había conseguido que 40.000 niños de los 145.000 que nacen cada año acudieran a sus consultas. Menciona también a la Cruz Roja, de cuyo Consejo central dependían programas de protección a la infancia, de lucha contra la tuberculosis, contra las venéreas, el alcoholismo, las afecciones mentales, el cáncer. Se ocupaba además de la "enseñanza popular de la higiene" y había creado también Centros de Salud.

Como medida contra el alcoholismo se había prohibido en Bélgica la venta al detalle de las bebidas destiladas, aunque, la venta del vino y de la cerveza había quedado libre. Las bebidas destiladas se podían comprar pero solamente una cantidad de dos litros al mes. Con esta medida esperaba Sand, nada menos que hacer desaparecer el alcoholismo.

Se refiere también a los avances conseguidos por la clase obrera:

"La clase obrera, seguida de la clase campesina, ha creado cooperativas, mutualidades, bancos, obras de educación y de higiene que agrupan a la mitad de los trabajadores. Los seguros sociales van a generalizar esta organización. El Estado concede ya pensiones de vejez. Las industrias belgas han copiado de Francia el régimen de prestaciones familiares, que se han vuelto obligatorias. La ley impone a los patronos la reparación²²⁴ de los accidentes de trabajo y en algunas ramas corporativas especiales, la indemnización por enfermedades profesionales. La limitación a ocho horas de la jornada de trabajo, la prohibición del trabajo de noche para las mujeres y los niños, el reposo dominical son estrictamente aplicados" (Sand, 1931:193).

Las comisiones locales estaban obligadas por ley a proporcionar asistencia curativa y además "asistencia preventiva". Se había creado un fondo especial para la asistencia y "reeducación" de los inválidos de guerra y los inválidos del trabajo se benefician de otras disposiciones. Menciona la experiencia de la ciudad de Gheel en la atención a los enfermos mentales que realmente era una experiencia peculiar pero desde luego en absoluto planificada por ninguna entidad pública y privada. Lo que sí señala, resulta curioso, es el coste más reducido de esta modalidad de atención. Para los poderes públicos resultaba mucho más barato, sobre todo cuando eran las familias quienes

²²⁴ Suponemos que se referirá a una indemnización en caso de accidente.

pagaban el coste de la "pensión", además del trabajo que realizaban los propios enfermos:

"Una forma de asistencia a los alienados, muy rara fuera de Bélgica, es la realizada en Gheel, villa apartada en donde los habitantes toman en pensión a los alienados tranquilos y válidos de los dos sexos; este régimen, más económico que el internamiento, asegura a estos enfermos el beneficio de la libertad y los atractivos de la vida familiar" (Sand, 1931:194).

Como un mérito especial de los belgas señala la organización del sistema penitenciario por la acción de un ministro llamado Émile Vandervelde. Los avances que Sand señala como conquistas se refieren a la existencia de un médico:

"Cada prisión principal tiene su médico, encargado de hacer un examen individual de los que entran, que conduce a menudo a un tratamiento médico, quirúrgico u ortopédico; posee también un servicio neuropsiquiátrico y antropológico, confiado a un médico especializado. La observación física, psicológica, mental, profesional, familiar y social del detenido puede conducir a su transferencia a un asilo de alienados, a una prisión para epilépticos, a una prisión para débiles mentales a un sanatorio penitenciario.

Se ha instalado en las prisiones un utillaje industrial moderno; se atribuye al prisionero una remuneración equivalente en principio al salario normal de la cual se deducen los gastos de mantenimiento y el descuento penal, el resto forma un peculio del cual una parte se remite cada semana al detenido para sus pequeños gastos y para el mantenimiento de su familia.

Los detenidos de 16 a 25 años pueden ser situados en una prisión-escuela, cuyo régimen está individualizado.

Una ley de "defensa social" votada en 1930, completa esta organización: ella ordena que en el curso mismo de la instrucción se practique de la manera mas extensa la peritación psicológica, psiquiátrica y médica; el preventivo puede ser puesto en observación durante un plazo de uno a seis meses, las jurisdicciones de instrucción de juicio tienen el derecho de ordenar el internamiento de los preventivos en estado de demencia, de insuficiencia o de desequilibrio mental, por un término de cinco, diez o quince años, según la gravedad del delito; una comisión especial formada por un magistrado, un abogado y un médico criminalista, tiene la facultad de ordenar la el traspaso o la liberación a título de ensayo. Por otro lado, los reincidentes pueden, cuando acaban su pena, ser internados en establecimientos especiales, durante un plazo de cinco a veinte años, según la gravedad del delito." (Sand, 1931:194).

Los tribunales de menores todavía tenían más poderes. El juez único y especializado ejercía una acción preventiva y tutelar y recurre a menudo, dice Sand, al examen médico y psiquiátrico. Los adolescentes enviados a los establecimientos de educación especial pasan por un centro de observación en el que son objeto de un estudio minucioso. Los objetivos tendrían que ver sobre todo con el tratamiento y con la reeducación.

Por último Sand se refiere a la existencia de cuatro Oficinas de readaptación social que aplican a los condenados que ya han sido liberados, a los vagabundos, a los sin hogar, a los métodos del servicio social individual.

Hasta aquí la información que proporciona Sand sobre la situación del servicio social en Bélgica, según él mismo titula su trabajo. Ninguna información a los aspectos profesionales salvo una escueta mención a la existencia en Bélgica de ocho escuelas de servicio social, de las cuales cuatro serían católicas y otras dos las denomina como socialistas. De las dos que quedan no proporciona información.

Para completar el análisis, como en el caso anterior, de entre las fuentes consultadas, resulta sugerente al trabajo de Guy Zelis, un historiador de la Universidad católica de Lovaina que sitúa, mejor que Sand, la evolución de la práctica de los trabajadores sociales en el contexto político y social. Siguiendo pues a este autor, al acabar la Primera Guerra Mundial, habría en Bélgica cinco Escuelas sociales, creadas entre 1920 y 1922. Cinco escuelas y no ocho como decía Sand. Lo que sucedía es que algunas escuelas tenían enseñanzas bilingües y por tanto tenían dos secciones lingüísticas. Después de la Segunda Guerra mundial la oferta de formación se multiplicó hasta llegar a la veintena de escuelas puesto que se abrieron nuevos Centros, sobre todo en provincias.

Zelis sitúa la génesis del Trabajo Social en relación con el "crisol filantrópico" de las obras que surgen durante el siglo XIX y en una corriente impregnada por el catolicismo social. Habría que decir sin más demora que, como sabemos, la Iglesia Católica poco tuvo que ver en el nacimiento de la profesión y la disciplina en los países anglosajones por lo que nos encontramos aquí un rasgo peculiar de Bélgica que además va a tener incidencia en el resto de países católicos europeos. Otros factores que a juicio de Zelis van a favorecer la aparición del servicio social va a ser el ascenso de un Estado legislador en materia social y el desarrollo de las ciencias humanas y sociales, todo ello esencialmente dominado por una presencia femenina y una cierta mirada feminista. A estos elementos constitutivos del Trabajo Social, conviene añadir el movimiento de educación obrera: en Bélgica, la génesis de la enseñanza social procede también por una parte, de una voluntad de educación de la clase obrera en una perspectiva política. (Zelis, 2000:42).

En 1920 durante la inauguración de la Escuela central de servicio social de Bruselas, el ministro socialista de Justicia, Vandervelde afirmaba que lo que justificaba

la creación de las escuelas de servicio social es que la caridad se había vuelto una ciencia y una profesión. El propio René Sand ratificaba esta visión de los orígenes del servicio social al afirmar, a pesar de que él fuera notoriamente no católico, que las Hijas de la Caridad, (cuyo origen se remonta a 1633) fueron las primeras enfermeras visitadoras; y su casa constituía la más antigua de las escuelas de servicio social. De esta manera, la caridad se habría vuelto filantropía y ésta habría desarrollado métodos científicos para convertirse en el servicio social. Zelis cita una tesis presentada por Marie-Louise Gillard, asistente social, a la Escuela de ciencias políticas y sociales de Lovaina en 1939 que plantea la misma lectura:

"Son las organizaciones de caridad privadas las que al final del siglo pasado, se dan cuenta de la necesidad que había de preparar de manera sistemática a sus agentes benévolos a fin de que además de su abnegación puedan aportar al servicio de su acción benefactora una competencia real." (Guillard, 1939:97).

Más sorprendente resulta que todavía después de la Segunda Guerra mundial, caridad y Trabajo Social aparecían estrechamente unidos. María Baers, presidenta de la Unión Católica Internacional de servicio social declaraba que para los cristianos y católicos, el servicio social puede ser la expresión moderna, muy eficiente de la verdadera caridad fraterna. Así pues a juicio de Zelis, todos los autores, católicos y no católicos para explicar la génesis del Trabajo Social habría que recurrir al *continuum* que va desde la filantropía y la caridad al servicio social. Por lo que se refiere a Bélgica la propia evolución del llamado catolicismo social habría tenido su reflejo en el Trabajo Social. Progresivamente el catolicismo social decide el abandono del paternalismo del siglo XIX para adoptar las tesis corporativistas. A partir de la crítica a la ineficacia de los paternalistas, los corporativistas planteaban que con la llegada del capitalismo industrial los problemas sociales alcanzaban tal tamaño que las iniciativas de caridad de los patronos católicos eran insuficientes y por tanto habrá que poner en marcha una acción conjunta de las organizaciones patronales y de los sindicatos a la vez que el Estado debería asumir un papel más activo. Esta posición corporativista tiene su origen en la Escuela de Lieja, animada por el obispo Doutreloux, por el historiador católico Godefroid Kurth y sobre todo por el clérigo Antoine Pottier. Los planteamientos de esta Escuela se extendieron por diferentes países: Francia, Alemania, Austria e Italia gracias a la importante actividad que desarrolló organizando, por ejemplo, tres congresos en los años 1886, 1887 y 1890. En 1891 apareció la encíclica *Rerum Novarum* que supuso un

apoyo a estas posiciones planteando una aproximación entre las clases sociales, considerando también la intervención sobre las estructuras sociales, superando por tanto la etapa de la caridad, aunque todo ello desde una visión cristiana. Es en este contexto cuando se afianza la idea de la necesidad de proporcionar una formación social a una élite femenina católica. En 1909, Victoria Cappe, una de las directoras del movimiento social femenino cristiano y de la Escuela social católica, organizó por primera vez un Congreso católico. La vinculación con la Iglesia católica era de tal magnitud que algunos autores han llegado a afirmar que el catolicismo social jugó un papel tan importante en el nacimiento de las profesiones sociales o paramédicas que éstas se asimilaban a un sacerdocio y se citan concretamente a las enfermeras, a las asistentes sociales, y a las auxiliares familiares. Por otro lado, el progresivo protagonismo del Estado potenció la profesionalización de la intervención social lo que implicó también en Bélgica la puesta en marcha del proyecto de moralización de la clase obrera. Ante el fracaso de la filantropía y la caridad que se muestran impotentes y sin capacidad de elaborar respuestas adaptadas a la nueva situación el Estado ha de entrar en escena predicando la solidaridad, el deber social, estableciendo leyes sociales por las que se suprime el pago en especies (1887), se regula el trabajo de las mujeres y los niños (1889), aparecen las ordenanzas de los talleres (1896), se regula el contrato de trabajo (1900), la indemnización por los accidentes de trabajo (1903) o el descanso dominical en las empresas industriales y comerciales (1905). Todo esta legislación calificada de "social" fue el resultado del ascenso de las fuerzas democráticas y de la entrada de los socialistas en el Parlamento en 1894, pero también de una sensibilización de la opinión pública hacia las necesidades y aspiraciones legítimas de los trabajadores.

En esta época, tanto las entidades sociales privadas como el Estado que comienza a intervenir, se apoyan en los conocimientos que proporcionan las incipientes ciencias sociales. Hay una interrelación entre la científicidad y la acción. La Estadística, la Medicina, la Sociología, la Psicología Social, etc. son objeto de estudio. En los diversos congresos nacionales e internacionales se plantea el tema de las técnicas de intervención. Zelis establece algunas diferencias con el desarrollo del Trabajo Social en los países anglosajones y concretamente en los Estados Unidos. Según él, especialmente en este último caso, se conciliaba la filantropía y la Sociología, la científicidad y el provecho por medio de los "*social surveys*", las grandes encuestas de las que las organizaciones de trabajadores sociales eran los catalizadores. Por el contrario, en

Francia y Bélgica, los que pretendían intervenir no se situaron en ese nivel de gran envergadura sino, siguiendo el antecedente de Frédéric Le Play, se opta por una práctica de encuesta que él teorizó y que llevó sobre todo a las familias, restringiendo así el campo de intervención y pasando de la caridad a la asistencia metódica con un método que se quería fuese científico, haciendo un intervencionismo razonado, fundado científicamente. A juicio de Zelis se puede afirmar que por su manera de formalización de los problemas, las ciencias sociales llegaron a ser las organizadoras del campo social transformándolo en campo de acción en el que predomina el método de encuesta. La formación proporcionada en las escuelas de servicio social se apoyaba en las ciencias sociales utilizando encuestas y monografía sociales como método práctico. Los resultados de la encuesta social habrían de proporcionar respuestas a la proliferación de necesidades sociales que se hacen más visibles durante y después de la Primera Guerra Mundial. De esta manera, concluye Zelis, el servicio social está marcado por el desarrollo de las ciencias sociales y humanas que trajeron una racionalización científica de modos y de la técnica de asistencia.

Otra cuestión es la del feminismo. En su momento nos referimos a lo que de liberación podía tener para las mujeres de la Inglaterra victoriana: poder adentrarse en los barrios obreros bajo el paraguas de la beneficencia, lejos de la mirada fiscalizadora de sus maridos y del control de la sociedad bienpensante. En el caso belga Zelis plantea que el desarrollo del feminismo, primero reformista y burgués, también fue importante para el Trabajo Social. La opción por dedicarse al Trabajo Social sería una alternativa, una estrategia feminista de las mujeres que, imposibilitadas en este periodo posterior a la Guerra Mundial, para dedicarse a la política se dedicaban a la acción social. La Gran Guerra no había supuesto ningún avance para la liberación de la mujer belga, pero su contribución en las organizaciones de ayuda fue fundamental durante y después de la guerra asumiendo diversas tareas de ayuda a los grupos más vulnerables y ejerciendo en las ambulancias, organizando sopas populares, "gotas de leche", consultas de lactantes, etc. Al final de este proceso el resultado fue que la situación de la mujer en Bélgica mejoró puesto que aunque al concluir el conflicto bélico se pusieron otra vez en marcha los discursos que reclamaban su vuelta al hogar para hacerse cargo de sus papeles tradicionales como cuidadoras, el lento proceso de emancipación había comenzado. Coherentemente con una imagen de profesión "maternal", las escuelas sociales belgas han formado un número más importante de mujeres que de hombres, pero eso parece ser

una característica común a todos los países europeos, todavía hoy. Sin embargo, el caso de las Escuelas sociales promovidas por el movimiento obrero belga durante la década de los veinte sería diferente puesto que los objetivos serían otros muy distintos. Se trataba de que hubiera más hombres alumnos porque lo que había que conseguir era la formación de una élite intelectual entre la clase obrera y más concretamente la formación de cuadros para el partido socialista y sus organizaciones. Este sería el objetivo específico; el más general tiene que ver con la voluntad de proporcionar formación general (moral, intelectual, estética y técnica), es decir, instrucción para todos los trabajadores. Este objetivo era más significativo en un país que fue de los últimos de Europa en instaurar la instrucción obligatoria; no lo hizo hasta 1914. El movimiento obrero cristiano también potenció el proyecto de una "escuela de propagandistas" incluso antes de la Guerra Mundial aunque no consiguió ponerla en marcha hasta 1921: La Escuela central superior para obreros cristianos.

Con estos antecedentes, la enseñanza del Trabajo Social en Bélgica comienza en los años veinte aunque en la década anterior ya se habían realizado diferentes cursos. En su diseño se tuvieron en cuenta las experiencias de los países limítrofes incluso las de los Estados Unidos a donde acudieron personalidades como Sand o como Henri De Man, posterior director de la Escuela obrera superior. En octubre de 1920 se organiza la enseñanza del servicio oficial. En el Informe al Rey, firmado por seis ministros del gobierno tripartito presidido por Delacroix se justifica la decisión con los siguientes argumentos:

"El esfuerzo de las obras de asistencia en todos los países tiende a sustituir en gran medida, la beneficencia preventiva a las intervenciones que tienen por objeto aliviar las miserias ya aparecidas. Por otra parte, las necesidades nuevas creadas por la guerra y las dificultades especiales que las administraciones públicas y las obras han tenido que resolver han mostrado que las situaciones que requieren asistencia social son complejas. La solución de estas cuestiones no puede ser puramente empírica. Comporta un método y una técnica apropiadas; exige el conocimiento de los factores de órdenes diversos que pueden influenciar la vida social. Es esto lo que explica el éxito de las "escuelas de servicio social" creadas en el extranjero hace algunos años" (Rapport au Roi, 1920).

En este informe al Rey se señalaba la necesidad de expedir un diploma oficial a las auxiliares sociales, crear un Consejo de escuelas de servicio social y tener una escuela modelo cuya titularidad será adjudicada al ministerio de Justicia. El plan de estudios que implica el diploma es buena muestra de la falta de una identidad profesional clara

puesto que incluye desde funciones sindicales en la industria, hasta seguros sociales, bibliotecas, infancia, Hogares, Industria... Los estudios se desarrollaban durante dos años incluyendo asignaturas teóricas, cursos de especialización y trabajo sobre el terreno. En 1933 se reformó el plan de estudios agrupando las secciones de "Infancia y Asistencia en una sola, transformando el área de especialización denominada "hogares" en "Economía y dirección de Obras" (de acción social, se entiende) y la de "Seguros Sociales se transforma en "Cuestiones obreras", creando además una nueva especialización en "Educación popular". Un nuevo plan de estudios coherente con el papel social que se pedía desarrollasen las auxiliares sociales en el proyecto global de lo que debía de ser la asistencia social. Poco que ver, ni teórica ni prácticamente, con lo que sucedía al otro lado del Atlántico, a pesar de los viajes de Sand y de sus colegas.

De las cinco escuelas fundadas en Bélgica entre 1920 y 1922 conviene resaltar sus vinculaciones ideológicas. La Escuela central se mantiene "neutra", sin una adscripción manifiesta a un proyecto político o a una Iglesia; otras dos se definen como escuelas católicas, una para chicas y otra para chicos; la cuarta estaría vinculada al Partido Socialista y una última estaría adscrita al Partido Liberal. La mayoría de los alumnos que conseguían diplomarse eran mujeres y procedían de las escuelas católicas, mientras que los hombres se matriculaban en mayor medida en la Escuela obrera superior pero no llegaban a presentarse al examen final por la "repugnancia" que sentían ante la obligación de hacer un trabajo final al que no le veían demasiada utilidad para el movimiento obrero; la consecuencia era que menos de la mitad llegaban a presentarse a la prueba final.

Respecto a las prácticas profesionales parece que surgieron dos especializaciones, dos tipos de trabajadores sociales: los superintendentes de fábrica y los visitantes a domicilio: la fábrica y el hogar como escenarios de la intervención. En el primer caso hay que tener en cuenta que los primeros *servicios sociales de entrevista* fueron creados en el periodo de entreguerras por la iniciativa patronal con el fin de mejorar la relación entre las industrias y los trabajadores y un objetivo que no se oculta en ningún momento: aumentar la productividad. El servicio social de empresa nace así como "mensajeros de la paz" como afirmaba en 1920 el sacerdote Joseph Cardijn, fundador de la Juventud Obrera Cristiana. Se trata de construir la paz social, la paz entre obreros y patronos, eso sí, tratando de hacer compatible lo económico y lo humano; aumentar la

productividad y los beneficios y la preocupación moral y la acción educativa sobre los trabajadores. Con estos objetivos las asistentes sociales se convirtieron en portavoces eficaces de los patronos. Tenían que preocuparse del bienestar físico y mental de los obreros, todo ello al servicio de los objetivos empresariales.

Al mismo tiempo se desarrolla otra rama del Trabajo Social que se dedica a frecuentar los barrios, los hogares obreros, para llevar ayuda, vigilancia y orientación médica. Las enfermeras y asistentes sociales visitadoras tratan de sustituir a las damas benévolas de la parroquia para aliviar a los enfermos, descubrir las infecciones y las minusvalías, luchar contra la tuberculosis y la mortalidad infantil, señalar las patologías y las disfunciones sociales. Estableciendo una relación con las teorías y los cuidados higienistas de algunos médicos defensores de la medicina social y con su vocabulario y su paradigma psicologista, las visitadoras trataron de tejer una red de protección sanitaria y social extendida sobre la vida privada de las clases subalternas (Zelis, 2000:62; Deschamps, 1994:84).

6.5. Alemania: La Doctora Alice Salomon: Una figura a rescatar del olvido.

En el caso de Alemania, Sand comienza su informe con la mención a la Constitución de Weimar de 1919 en la que se incluyen varios artículos de protección a la familia y a la infancia, la protección a las familias numerosas, la maternidad, la obligatoriedad de garantizar por ley a los niños nacidos fuera del matrimonio su desarrollo físico, moral y social, la protección de la juventud contra la explotación y contra el abandono moral, intelectual o físico y una declaración de que el orden económico debe responder a los principios de equidad y tener por objetivo garantizar a todos una existencia digna. Es en estos límites, declara textualmente la Constitución, cómo la libertad económica del individuo debe de ser asegurada. Se contempla también la subordinación de la propiedad privada al interés común, y la utilización del suelo de manera que se pueda garantizar un hogar a todas las familias alemanas especialmente a las numerosas. El art. 157 declara que los trabajadores son situados bajo la protección particular del Reich que

promulgará un código de trabajo unitario. Se anuncia la creación de un servicio de seguros destinado a mantener la salud y la capacidad del trabajo, para detener las consecuencias de la vejez, de la debilidad física y las vicisitudes de la vida. La libertad personal se subordina en toda Alemania al deber de emplear las facultades intelectuales y físicas en un sentido favorable al bien de la colectividad. Todos los alemanes deben de tener la posibilidad de ganarse la vida mediante el trabajo y cuando no sea posible proporcionar un trabajo adecuado, el trabajador debe recibir la asistencia necesaria para su mantenimiento.

Para Sand el contenido de esta Constitución era la prueba de que en Alemania se había desarrollado el sentimiento de la responsabilidad colectiva y la necesidad de la intervención de los poderes públicos. La herencia de la Gran Guerra, con sus secuelas de inválidos, viudas y huérfanos había hecho más evidente tal necesidad modificando además las concepciones sobre la pobreza vigentes hasta entonces. La miseria ya no era vista como el resultado de una vida desordenada, de la calidad moral del individuo, sino la consecuencia de una catástrofe colectiva. Era la guerra o la situación económica que condenaba a millones de trabajadores al desempleo, o la escasez de las pensiones la que provocaba las situaciones de pobreza. Para enfrentarse a la nueva situación se habían desarrollado cuatro sistemas de protección social: el sistema de asistencia, reformado durante el siglo XIX, los seguros sociales, el sistema de pensiones y la organización de la protección generalizada a la juventud.

Respecto al sistema de asistencia pública se había introducido una reglamentación elaborada por el Estado que recogió progresivamente los principios y experiencias de otros países buscando la eficacia. Según las instrucciones oficiales la asistencia moderna debía crear valores, no solamente conservarlos. Su fin más elevado era fortificar al necesitado en su voluntad y en su salud para que él llegara a ser autosuficiente por sus propios medios, por sus propios esfuerzos, por su propio trabajo. Era preciso que la asistencia en sus formas de actuar respetara la dignidad humana, que interviniera en el momento oportuno impidiendo un deterioro progresivo, con los medios necesarios y cuando fuera posible, de manera preventiva adecuando el tipo de intervención de manera individualizada. Se afirmaba que su acción no sería simplemente la distribución de socorros en dinero, sino la ayuda de hombre a hombre.

A juicio de Sand se podían encontrar en esta declaración los principios del servicio social de casos individuales. Con esta normativa oficial se ponía fin a la clasificación de los asistidos en categorías y la aplicación de baremos en la decisión de la ayuda que debían obtener. Un solo agente debía estudiar e intervenir en cada una de las fases del caso y tomar las decisiones necesarios. Cualquier persona podía acudir a la asistencia pública si se encontraba en un estado de necesidad física o espiritual: madres sin recursos, huérfanos o niños abandonados, ancianos y también de una manera especial, los alcohólicos. Los inválidos, las viudas, los huérfanos de guerra, recibirían también una asistencia individualizada que se añadiría a sus pensiones.

Por otro lado, la asistencia privada reunía a más de 30.000 instituciones de caridad con más de 100.000 voluntarios que prestaban atención a 500.000 personas en servicios permanentes y otros 400.000 en servicios de día o de noche. Una tercera parte de las camas de hospitales era de su propiedad. A la manera de las COS anglosajonas, en algunas ciudades habían creado una "Central de asistencia privada" con un fichero central. Este tipo de instituciones tenían vinculaciones religiosas o políticas: pertenecían a iglesias protestantes, a la Iglesia Católica, a entidades judías, a la Cruz Roja, al movimiento de obreros cristianos o a los socialistas que marcaban sus distancias respecto a las demás.

Tanto las privadas como los servicios públicos contrataban a sus agentes de entre los diplomados de las Escuelas de servicio social que también eran protestantes, católicas o "neutras" y que, sin contar la Escuela superior de servicio social de Berlín, funcionaban, distribuidas por los diferentes Estados alemanes, hasta un número de treinta y seis.

Una de las invitadas por René Sand al Congreso internacional de París, fue Alice Salomon que llegó a presidir una de las ponencias del congreso sobre la enseñanza del Trabajo Social. ¿Quién fue Alice Salomon? Pues sin duda una de las figuras más interesantes de la época en la que nació el Trabajo Social en Europa y sin embargo bastante desconocida hasta fechas muy recientes en las que se intenta rescatar su trayectoria y sus aportaciones al Trabajo Social y al feminismo. Salomon había nacido en Berlín en 1872. Su padre se dedicaba a los negocios relacionados con el cuero y la peletería y su madre descendía de una familia de banqueros. Fue la última de cinco

hermanos de una familia judía de clase media. A pesar de que a finales del XIX ya existía en Alemania un antisemitismo virulento la mayoría de las familias judías vivían bastante bien integradas en las grandes ciudades en las que su asimilación era más fácil y el peso de la religión menor. Como en el caso de otros judíos famosos, la familia Salomon no cultivaba especialmente la religión ni tampoco las tradiciones judías según confiesa ella misma en su autobiografía. Un dato que confirma esta información es que cuando su padre se decide a llevarla a la Escuela elige un Centro de confesión protestante. No era muy frecuente que las jóvenes de las familias burguesas se propusieran realizar estudios ni menos aún estudios universitarios. Su formación estaba más dirigida a conseguir un buen matrimonio. Pero el padre de Alice Salomon aunque fuera a título de prueba, la envió a la escuela convencido de que era la más inteligente de sus hijos. Para los judíos una fórmula de promoción social era sin duda la educación lo que quizás justifique también el dato de que, a pesar de que muchas instituciones privadas no admitían alumnos judíos, entre 1897 y 1905, en Berlín, el porcentaje de alumnas provenientes de familias judías llegaba al 32 % (Labonté-Roset, 2000:64).

La joven Alice obtuvo buenos resultados en el colegio e incluso para no estar en casa inactiva repitió el grado superior. Durante nueve años de escolarización aprendió a cocinar, a bordar y a coser. Cuando ella tenía trece años murió su padre lo que supuso para ella importantes cambios en su vida. La etapa de su adolescencia la recordará como una etapa triste: varios fallecimientos en su familia -una hermana y un hermano mueren como consecuencia de la difteria-, lo que provoca que su madre quede muy afectada y necesite de por vida los cuidados que le va a prestar su única hija soltera que no era otra que Alice. La muerte del padre había supuesto además un deterioro importante en la situación económica familiar de tal manera que tuvieron que mudarse de vivienda, abandonando la casa con jardín que Alice adoraba, a un pequeño apartamento. Pero aun viviendo su padre, en el horizonte de Alice no estaba el poder hacer una carrera personal porque eso no era lo adecuado para la hija de una familia perteneciente a una clase social acomodada. Con todo ella quería ser profesora, institutriz, una de las pocas profesiones permitidas a las mujeres a finales del XIX, pero sus padres consideraron que eso podía reducir sus posibilidades de matrimonio y se lo impidieron. Además ella era la única cuidadora de su madre, que necesitaba cada vez más atenciones, hasta que falleció, en 1914, cuando Alice tenía 42 años. "A la edad de cinco años, antes de mi

escolarización, escribe Salomon en su autobiografía, yo quería ser institutriz y a los doce años, quería viajar y descubrir el mundo. Todos estos sueños se han realizado".

Pero para realizar sus sueños habrían de pasar algunos años y algunos acontecimientos importantes en su vida. Entre los quince y veinte años Alice recuerda que además de las obligaciones familiares, llenaba el tiempo con su afición a la lectura, a la danza, al tenis y también colaboraba con algunas Obras relacionadas con la asistencia, pero fue en 1893, ella tenía 21, cuando tuvo conocimiento de la creación de un grupo denominado "*Mädchen und Frauengruppen für soziale Hilfsarbeit*": Grupo de mujeres y de jóvenes para el servicio social voluntario. Tal grupo procedía de la iniciativa del movimiento de mujeres burguesas y pertenecían a él figuras como Franziska Tiburtius, la primera mujer médico berlinesa o la presidenta del grupo Jeannette Scheverin, con la que Alice trabó una especial relación y que le influyó mucho ideológicamente y además contaban con el apoyo de Gustav Schomeller, Max Sering y Alfred y Max Weber, a los que Chistine Labonté-Roset denomina como "reformadores sociales" (2000:65). La entrada en este grupo supuso para Alice Salomon lo que ella denominó como el comienzo de su vida, desplegando en los años siguientes una gran actividad. Fue por ejemplo, cofundadora de un jardín de infancia que se ocupaba de atender a los niños de las clases más desfavorecidas. Esta actividad le hizo consciente de su pertenencia a una clase privilegiada y le ayudó a entender el significado de la palabra "social" que hasta entonces, según ella misma confiesa no tenía para ella ningún significado especial. Ese año ella descubrió cual iba a ser su trabajo, a qué dedicaría su vida.

Cuando J. Schwerin muere en 1899, A. Salomon, que le consideraba como su segunda madre, le sucede en la presidencia del grupo. Sus líneas de trabajo van a estar marcadas por la denuncia de lo intolerable: la pobreza, la miseria y por otro realizar un Trabajo Social impregnado de ética social como característica. Para ella esto significaba tratar de obtener más justicia social para satisfacer las reivindicaciones de los más desfavorecidos, teniendo en cuenta sus necesidades, así como llegar a tener una influencia en la elaboración de la política social. Desplegó una gran actividad poniendo en marcha diversas instituciones: un hogar para chicas trabajadoras, un club para chicas en el que disponían de biblioteca y en donde se impartían conferencias. Salomon tratará de unir la teoría y la práctica, analizando las causas de la miseria y proponiendo

cambios políticos, intentando crear instituciones que sirvieran de modelo con el fin de probar que sus propuestas eran realizables. Trataba de copiar lo bueno de otras instituciones que existían en Alemania e incluso en otros países. Todos sus proyectos estuvieron orientados por dos objetivos simultáneos: el desarrollo del Trabajo Social asociado a la emancipación femenina. Su intención no era otra que posibilitar la formación de mujeres en el ámbito social e impulsarlas a una actividad profesional fuera del hogar. En esta dirección asociará dos situaciones de necesidad: la marginación comunitaria y profesional de las mujeres y la necesidad de los pobres, ancianos, niños y demás (Engelke, 1999:187). Así el deber de las mujeres de la burguesía de mejorar los problemas sociales simultáneamente sería el medio de su propia emancipación (Labonté-Roset, 2000 66).

En el otoño de 1902 inició los estudios de Economía Nacional como oyente. Entre sus profesores, como sabemos bastante conocidos también en Chicago, estaban Gustav Schmoller, Georg Simmel y Alfred Weber. A pesar de que ella no poseía ningún título previo consiguió graduarse y hacer una tesis doctoral titulada *Las razones de la desigualdad salarial por el trabajo de los hombres y de las mujeres*. Era la primera tesis leída en la Facultad de Filosofía que trataba de un tema explícitamente femenino. Ambas cosas, el que consiguiera estudiar y el contenido de su tesis, fueron considerados dos pasos importantes en su trayectoria como feminista, más aun cuando el hecho de que Salomon alcanzara el título de Doctor no estuvo exento de polémica. A la luz de un decreto del Ministerio de Cultura que establecía que cualquier mujer que aspirase al título de doctor debía obtener el acuerdo unánime de todos los miembros de la Facultad, un requisito que no era exigible en el caso de los varones. La primera vez que lo intentó dos profesores votaron en contra, uno de ellos manifestando explícitamente que lo hacía por su aversión a las mujeres que estudiaban. Al año siguiente y tras la intervención del Ministerio autorizando a la Facultad, Alice Salomon consiguió su doctorado.

El mismo año de su graduación, Alice Salomon escribió su primer artículo en la revista *Die Frau*, órgano del ala moderada del movimiento feminista burgués. Dedicó su artículo a defender a una mujer que fue acusada por un tribunal de homicidio involuntario tras un accidente en el que su hijo que se quedaba sólo en su domicilio mientras ella acudía a trabajar, resultó mortalmente herido. Salomon denunció que dicha mujer no había podido encontrar ningún tipo de asistencia para su hijo mientras ella se

ganaba la vida. Denunciaba que mientras en París existían cincuenta y un asilo para responder a este tipo de necesidades, en Berlín sólo había tres. Concluía su artículo proponiendo crear con urgencia nuevas instituciones que dieran respuesta a estas situaciones y proponiendo una institución modelo. Una vez más se observa la preocupación de Salomon por dos cuestiones que para ella estaban indisolublemente unidas: los problemas sociales y la situación de la mujer. Este punto de vista lo repite en todos sus primeros artículos. Ella reclama una reforma de la legislación para la protección de la mujer trabajadora y de la madre y también la prohibición del trabajo infantil, la prolongación de la escolaridad obligatoria así como la mejora de la enseñanza (Labonté-Roset, 2000:67).

También en el año 1896 ella emprendió su primer viaje de estudios a Inglaterra. En este viaje, cuentan distintos autores, hizo unas amistades que le durarían toda la vida. A nosotros nos interesa resaltar una: la amistad que estableció con Jane Addams. También conoció a Lady Aberdeen que fue durante muchos años la presidenta del Consejo Internacional de mujeres. Lo que Salomon no sabía en aquellos momentos es que estas amistades serían fundamentales para que en los años del terror nazi, ella misma pudiera salvar su vida. En los años siguientes se va a dar a conocer en ámbitos internacionales: en 1896 en el Congreso internacional de mujeres en Berlín, un año más tarde en Zurich, en el Congreso Internacional sobre sistemas de protección a los trabajadores. En el mismo periodo va a empezar a asumir diferentes cargos y nombramientos, en 1898 fue nombrada para formar parte de la Comisión para la protección de las mujeres trabajadoras del Consejo nacional de mujeres alemanas. En 1902 alcanzó la presidencia de esta Comisión.

Cuando en 1899 asume la presidencia de la Asociación de Grupos de mujeres y jóvenes para el Servicio Social, su primera medida es poner en marcha un curso de *formación para el servicio social* que va a señalar el comienzo de la formación del Trabajo Social en Alemania. Como siempre, ella trataba de que lo que hiciera sirviera de modelo y efectivamente la Iglesia protestante siguiendo sus propuestas creó en 1904, el primer curso al que denominó "Curso de caridad cristiana". Para iniciar esta experiencia formativa Salomon tenían adquirido un buen bagaje: había dedicado seis años de su vida a un trabajo práctico, involucrada en los ambientes más miserables, en primera línea, para percibir de primera mano la grave situación en la que vivían las

familias pobres. Joachim Wieler señala que su manera de percibir la realidad y sus dotes de observación la distinguían de otros grupos que organizaban conciertos y tómbolas con el fin de recoger dinero para causas sociales "con un pañuelo perfumado en la nariz para ahorrarse el mal olor que hacía la gente pobre". Es muy probable que estas experiencias en primera fila fuesen la base, años más tarde, de la creación y puesta en marcha de un programa de estudios orientado hacia la práctica de trabajo "Wieler, 1997:12).

De estos cursos de formación nacerá en 1908 la *Soziale Frauenschule*, la primera Escuela de servicio social para mujeres que impartía dos cursos de formación. En este momento la actitud hacia la profesionalización del Trabajo Social era ambigua. Al mismo tiempo que reclamaba una sólida formación profesional para el servicio social profesional utilizaba expresiones como la necesidad de un "corazón caluroso" y recuerda a las mujeres de la burguesía su deber cívico respecto a los problemas sociales con los que se tenían que comprometer de manera benévola. Esta concepción se convertirá en una fuente de conflictos que se reflejarán en las diferentes generaciones del movimiento feminista. Los profundos cambios sociales que traerá consigo la Primera Guerra Mundial inclinará la solución del conflicto hacia un trabajo profesional asalariado. En 1914 publicó un artículo en el que propone un concepto de formación profesional interdisciplinar sustentada en bases científicas, critica que la lucha de las mujeres por conseguir acceder a la educación haya dejado pendientes las cuestiones sociales y plantea que una vez conseguido ese derecho, las mujeres con estudios deberían comprometerse en la lucha contra la miseria y poner sus conocimientos científicos al servicio de los objetivos del Trabajo Social. Les anima también a participar en la vida política aunque todavía las mujeres alemanas tardarían cinco años a obtener el derecho de participar en partidos políticos.

Antes del comienzo de la guerra había organizado diversos congresos nacionales e internacionales como por ejemplo el Congreso internacional de mujeres de Roma, en 1914. Cuando se encontraba de viaje en Irlanda con motivo de visitar a la Presidenta de la Asociación internacional de mujeres comenzó el conflicto bélico lo que le impidió volver a Alemania durante un tiempo. Durante esta estancia en Irlanda se convirtió al protestantismo, cuestión sobre la que nunca dio muchas explicaciones.



El comienzo de la Gran Guerra supuso para Salomon un montón de contradicciones añadidas a las tensiones que un acontecimiento así origina en cualquier persona. Puesto que en los años anteriores había tenido una gran presencia en ámbitos internacionales, había fraguado no pocas amistades precisamente con ciudadanos del otro bando que ahora se habían convertido en enemigos. Por otro lado, ella era consciente de sus obligaciones hacia sus conciudadanos, especialmente judíos que apoyaron la causa alemana en mayor medida que el resto de la población, como lo demuestra el mayor número de soldados y oficiales judíos muertos en los campos de batalla en mayor proporción que el resto de la población alemana. De poco les iba a servir semejante demostración de patriotismo cuando unas décadas después comenzase el siguiente conflicto.

Según Labonté-Roset, a quien principalmente estamos siguiendo en este apartado, Salomon en contra de lo que le decía el corazón, y en función de sus deberes nacionales aceptó ocupar un cargo de dirección del servicio femenino en el Ministerio de la Guerra. Ella dirigió y organizó las misiones de los servicios femeninos sanitarios y sociales en el frente. Estas experiencias la habrían de convertir, como a Jane Addams en una convencida pacifista.

"La guerra aniquila todo aquello que el trabajo social intenta alcanzar... Por esta razón, los asistentes sociales tendrían que ser los primeros en facilitar y mantener relaciones internacionales propulsoras de paz."²²⁵

Al acabar la Guerra los problemas por su identidad judía se van a ir acrecentando progresivamente. Cuando una delegación internacional de mujeres visita Alemania para inspeccionar el problema de la malnutrición de los niños Alice Salomon las recibe en la Escuela femenina de servicio social. Entre ellas había algunas delegadas a las que conocía desde antes de la guerra. Cuando Salomon las recibe utilizando el inglés

algunas mujeres alemanas miembros del comité ejecutivo del Consejo nacional de mujeres alemanas, abandonan el lugar escandalizadas. Al parecer eran feministas pero también decididamente antisemitas y racistas. En 1919 el Consejo Nacional de mujeres alemanas le prohibió participar en el primer encuentro internacional del Consejo Internacional de mujeres que se iba a celebrar en Oslo; de ninguna manera querían que la representación de Alemania la ostentase una judía. También y por la misma razón se anuló su candidatura a la presidencia del Consejo nacional de mujeres lo que le obligó a dimitir de sus funciones en una organización en la que había militado y ocupado diversos cargos de dirección desde 1909.

Con este motivo centró sus esfuerzos en el desarrollo de la formación y la internacionalización del Trabajo Social. Desde 1908 hasta 1925 fue la directora de la Escuela de servicio social para mujeres. Partiendo de cero creó unos programas de estudio que sirvieron de modelo en las escuelas que se fueron creando posteriormente.

"No existían libros científicos de enseñanza para nuestro curso. El cuerpo de enseñantes debía realizarlos. No existían manuales, debíamos redactarlos nosotros mismos. Lo que nosotros debíamos hacer era un verdadero trabajo de equipo, una colaboración muy estrecha que da a la escuela un carácter peculiar necesario en la formación del trabajo social." ²²⁶

En 1909 había publicado el primer manual de economía política para el servicio social que alcanzó su séptima edición en 1928, en 1926 publicó otro libro con el mismo título que el de M. Richmond: *El Diagnóstico social* y un año después, en 1927 publicó otro titulado *La terapéutica social*. Salomon planteó en sus libros y en sus artículos un amplio marco de referencia en el que debían moverse el Trabajo Social: las Ciencias económicas, las Ciencias naturales y sociales, la política nacional y mundial sin olvidar la Filosofía y la Religión, con un énfasis especial en la historia. Una de sus preocupaciones fue la organización del aprendizaje práctico. Sobre sus ideas a propósito de la docencia, Salomon escribía:

"La finalidad didáctica y el método de enseñanza, se tendrían que impulsar hacia el desarrollo de una actitud intelectual que permitiese a los estudiantes pensar y juzgar por sí mismos. En general, y no sólo en las Escuelas de asistencia social, existe el peligro de que los estudiantes acepten las opiniones de sus maestros sin ninguna reflexión interior, especialmente, cuando se les abruma con demasiado datos... En realidad, las escuelas tendrían que enseñar menos las cosas y hacer que los estudiantes las aprendiesen por

²²⁵ La cita proviene del artículo de Joachim Wieler. (1997:16).

²²⁶ Citado por Labonté- Roset. (2000:70).

sí mismos, de la misma manera que toda la educación moderna tendría que ser una guía del arte de enseñar".²²⁷

En 1917 Salomon había organizado una Conferencia permanente de escuelas de servicio social en Alemania. En contra de las primeras tomas de posición de la propia Salomon una consecuencia de la guerra fue el aumento del número de escuelas. En 1920 se aprobó en Alemania la reglamentación a nivel nacional para el examen de estos estudios lo que supuso además del reconocimiento académico la constatación de la existencia de la profesión. Entre 1916 y 1918 se crearon trece nuevas escuelas y en 1922 existían ya treinta y cuatro. Durante la década siguiente Salomon desarrolló una gran actividad internacional en este campo de manera que era muy conocida internacionalmente. En los Estados Unidos se le llamaba "la Jane Addams alemana". Por otro lado, en 1920, el Consejo Internacional de mujeres, en la conferencia de Oslo, a la que se la había prohibido acudir, la nombró vicepresidente, dejando en evidencia la decisión tomada por la organización alemana y reparando la injusticia.

Simultáneamente, a petición del Ministerio de Asuntos Extranjeros impartía conferencias en otros países sobre la nueva Alemania, es decir la República de Weimar, no la que traerían los nazis poco después. En 1923-24 fue invitada a realizar una larga *tournee* de conferencias en los Estados Unidos. Participó también en la asamblea internacional de la Liga de mujeres por la paz de La Haya, propuesta a iniciativa de Jane Addams. Salomon participó abordando temas como los derechos de las mujeres, el papel del Consejo internacional de mujeres en la construcción de una paz más estable, las teorías de ayuda comparando los métodos americanos de Trabajo Social con los de otros países, o proponiendo nuevas medidas de reforma social. Fue también nombrada consejera de la Oficina Internacional del Trabajo. Sin duda sus capacidades para saber difundir sus ideas y sus dotes oratorias fueron notables, como señalaban sus antiguos alumnos. De cualquier manera, en el año 1925 la situación de los judíos en Alemania seguía empeorando. Salomon dimitió como directora de su escuela promocionando para

²²⁷ La cita es del artículo de Wieler (1997:14). El título del artículo es precisamente *El impacto de Alice Salomon en la enseñanza del Trabajo Social*. Que conozcamos es la única información publicada en castellano relativa a Salomon. El mérito corresponde a la Escuela de Trabajo Social de la Generalitat de Barcelona que editó en su día un folleto en catalán con el trabajo de Wieler. La traducción al castellano para su publicación en la *Revista Trabajo Social y Salud* fue realizada por la Profesora Mercedes Vilas, de la Universidad de Zaragoza.

el cargo a Charlotte Dietrich que se afiliará posteriormente, en 1933, al partido nazi. La ideología nacional-socialista sería la nueva luz que obligatoriamente tenía que iluminar la formación de los alumnos en las escuelas. El golpe moral para Salomon fue más duro porque fue ella misma la que había seleccionado a su sucesora. Dietrich al acabar la guerra justificó su trayectoria diciendo que lo que ella trataba de hacer era salvar la escuela, pero la excusa le sirvió de bien poco a Salomon.

En el año 1925 Salomon, entre otros, fundó la "Academia Alemana de Trabajo y Pedagogía Social Femenina". Entre sus objetivos estaban los siguientes: posibilitar a las mujeres el acceso a un Diploma académico con el que acceder a una posición dirigente; crear un instituto de investigación dirigido a los problemas sociales con una cierta especialización en los problemas de la familia; posibilitar la formación continua y difundirla como una necesidad durante toda la vida profesional y por último seleccionar a algunas asistentes sociales como profesoras para las propias escuelas. Tan en serio se tomó estos objetivos que pocos años después ya había editado trece volúmenes con los resultados de la investigación sobre diferentes aspectos de la vida de las familias alemanas: "Situación y perturbación de la familia hoy". De esta manera el estatus del Trabajo Social mejoró dentro del mundo académico y los profesores más reputados del momento enseñaron en alguna ocasión en la Academia (*Deutsche Akademie für soziale un pädagogische Frauenarbeit*).

En 1930 la presidenta del Consejo internacional de mujeres, Lady Aberdeen promociona a Salomon como su sucesora en la presidencia del Consejo, pero la Unión de asociaciones de mujeres alemanas se oponen con todas sus fuerzas al nombramiento de una mujer judía para semejante cargo. Vista la reacción alemana Lady Aberdeen ocupó la presidencia hasta su muerte en 1939 con Salomon como vicepresidenta. A pesar del rechazo de las organizaciones feministas en las que ella había militado y de las que había sido también cofundadora, su prestigio nacional e internacional estaba a salvo. En 1929 fue elegida presidenta de la IASSW (Asociación Internacional de Escuelas de Trabajo Social). Con motivo de su sesenta aniversario, en 1932 recibió una importante condecoración: la medalla de plata del Estado de Prusia "por los servicios excepcionales prestados al Estado prusiano" y la Facultad de Medicina de Berlín le otorgó el título de doctor *honoris causa* siendo la primera mujer en recibir tal distinción,

un título del que no se le despojaría a pesar de la guerra. Además la Escuela que ella había fundado pasó a llamarse "Escuela de Servicio Social Alice Salomon".

A pesar de todos estos reconocimientos, con el progresivo ascenso del partido nacional-socialista, Salomon se va a ver privada de todos los honores e incluso va a ser expulsada de la Escuela que llevaba su nombre. A excepción de Dietrich que pertenecía al partido, el resto de profesores van a ser también expulsados: en un caso por negarse a explicar las leyes de higiene hereditaria del nacional-socialismo, a otra por tener un novio judío... La represión también llega a los alumnos, los que no sean de raza aria no tendrán derecho a examinarse. En realidad la propia escuela pierde su razón de ser puesto que las doctrinas hitlerianas eran incompatibles con los principios del Trabajo Social: para los nazis la asistencia social a los disminuidos era contraria a un verdadero humanismo y por tanto no eran merecedores de ninguna ayuda. Los recursos destinados a ellos deberían ser restituidos a los miembros sanos de la comunidad. Las únicas familias merecedoras de ayuda serán las familias arias. En lo sucesivo se esperaba de las asistentes sociales que colaboraran activamente en la política de selección y de exterminación llevada a cabo por el régimen. Salomon a este propósito comentará que "ninguna cultura hasta nuestros días ha podido crear un orden moral sin defender a los débiles contra los fuertes e incluso sin defender a los individuos contra el Estado". (Labonté-Roset, 2000:74). Sobre Hitler en su autobiografía dice que era "la perversión del pensamiento humanitario y de los principios morales" (Wieler, 1997:18).

Lo que representaba Salomon dentro y fuera de Alemania era demasiado para que los nazis la pudieran tolerar. Fue despojada de todos sus cargos, se disolvió la organización femenina a la que ella pertenecía y la "Academia Femenina" de la que era cofundadora fue clausurada. A pesar de todas las vejaciones de las que fue objeto confiando en sus apoyos internacionales se resistió a abandonar Alemania, entre otras cosas para ayudar a salir a algunas de sus colaboradoras. Aunque cada vez más tenía dificultades para salir al extranjero siguió trabajando en los organismos internacionales a los que pertenecía, por ejemplo en el Comité Internacional de la IASSW. Los nazis la presionaban para que dimitiese y cuando ella lo hacía inmediatamente los representantes de otros países la volvían a nombrar. Por otro lado ella quería también defender la cultura judía en Alemania, como luego se vio, con bastante ingenuidad. Esta situación de tensión finalizó en 1937 cuando la Gestapo la interroga y le da un plazo de tres

semanas para abandonar el territorio alemán bajo la amenaza de ser deportada. Las acusaciones eran imposibles de desmentir: internacionalista, feminista, pacifista, su concepción humanista y su trabajo por los más pobres y por la reforma social, su defensa de los logros sociales que implicaba la República de Weimar, de la que ella había sido portavoz en muchos foros internacionales, y también sus vinculaciones con los movimientos de resistencia a los nazis y su actividad para ayudar a los judíos a salir de Alemania. Un conjunto de cosas demasiado graves para pasar inadvertida, y además era judía lo que de por sí justificaba cualquier tipo de represión. Sin duda fue su renombre internacional lo que le libró de acabar sus días en algún campo de exterminio, como le sucedió a su hermana y a alguno de sus sobrinos.

A los 65 años emigró a los Estados Unidos. Allí se ganó la vida impartiendo conferencias, pero la mayoría de sus contactos habían fallecido y tuvo no pocas dificultades para sobrevivir. Aunque fue invitada a la Casa Blanca y recibió distintos homenajes de organizaciones feministas y de entidades internacionales le resultó imposible encontrar un trabajo. Al final de sus memorias declara con amargura que tuvieron que pasar cuatro años para poder disponer de su propio apartamento y que estaba orgullosa de tener que aprender a cocinar, con la ayuda de un libro de cocina, a la edad de 70 años. En su exilio en Nueva York lo hubiera pasado peor si no hubiera contado con la ayuda de otros exiliados y especialmente de la familia Mendelson. Del cielo del reconocimiento internacional y de los homenajes al infierno del exilio y de la dependencia de la solidaridad para poder sobrevivir.

Cuando finalizó la guerra ella no quiso volver a Alemania. La Facultad de Filosofía de Berlín se había apresurado a quitarle su título de doctorado que había conseguido en 1906. No fue hasta 1997 cuando la universidad Humboldt, heredera de la de Berlín declaró no ajustado a derecho tal expolio y le restituyó su doctorado. Ella ya no pudo enterarse. Fue encontrada muerta en su apartamento de Nueva York el 30 de agosto de 1948, aunque probablemente había fallecido antes.

En su autobiografía recoge un párrafo del discurso inaugural que ella había pronunciado en el congreso sobre Trabajo Social de 1923 y con el que Wieler finaliza también su artículo:

"Como asistentes sociales, estamos unidos en la creencia de que el mundo no se puede redimir, no se puede liberar de todas sus angustias actuales, hasta que el ideal de la solidaridad no sea aceptado por todos, hasta que aquellos que son fuertes no renuncien a subir a lo alto de la escalera por los peldaños hechos con aquellos que han pisado y aplastado durante su ascensión, hasta que aquellos que son fuertes no estén dispuestos a cargarse los pesos de los débiles. Verdaderamente, no hay ninguna bendición que ninguno de nosotros pueda aceptar mientras los demás no puedan compartirla. Verdaderamente, ninguno de nosotros se sentirá bien, mientras los demás no se sientan igualmente. No hay ningún tipo de pobreza, de angustia, ni siquiera de enfermedad, que no se venga de aquellos que se niegan a aligerarla."

En 1983 se publicó la autobiografía de Salomon gracias precisamente a Joachim Wieler que afortunadamente, encontró el manuscrito en casa de unos primos lejanos de Salomon, en California, en el transcurso de una investigación sobre los trabajadores sociales emigrados a los Estados Unidos.

La influencia de Salomon sigue plenamente vigente en Alemania y sus directrices en cuanto a la formación multidisciplinar, la unión entre la teoría y la práctica, los vínculos con la Pedagogía y la preocupación por los asuntos internacionales se dejan notar en los planes de estudios de las diferentes Escuelas. Labonté-Roset señala que su influencia había llegado a Japón en la década de los treinta y que dicha influencia resultó decisiva en los comienzos del Trabajo Social en aquel país; sus libros y numerosos artículos fueron traducidos al japonés muy tempranamente. También influyó en otros países dada su continua presencia, prácticamente hasta su muerte, en organismos internacionales relacionados con la docencia del Trabajo Social.

En los últimos años se ha redescubierto la figura de Alice Salomon, prácticamente desconocida para los trabajadores sociales españoles. En Alemania, un tren de alta velocidad lleva su nombre y el servicio postal editó un sello con su efigie formando parte del panteón de mujeres alemanas ilustres. Estamos seguros que en la medida que se traduzca y se divulguen sus obras recuperaremos una figura imprescindible para entender la historia del Trabajo Social en Europa.



Para finalizar este apartado diremos que Sand en el libro que estamos utilizando, proporciona información de países muy distantes. Estudia también con cierto detenimiento el caso de Inglaterra y Estados Unidos que nosotros hemos obviado por haberle dedicado ya nuestra atención en la primera parte de nuestro trabajo, Italia²²⁸ la U.R.S.S., Países escandinavos, Países Bajos, Checoslovaquia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Portugal, América Latina, Egipto, Persia, Japón... Como en los casos estudiados Sand, con una visión muy optimista y a partir de la información obtenida por los informantes oficiales representantes de cada país elabora un análisis del desarrollo de las medidas de protección social, de las políticas asistenciales y de algunas instituciones, pero más allá del contenido de los capítulos introductorios y de las conclusiones poco nos dice de la realidad de la profesión y menos aun de la disciplina. En el capítulo final titulado "conclusiones", además de formular toda una serie de recomendaciones sobre la organización de un Ministerio de Asuntos Sociales, reconoce que es necesario avanzar en la profesionalización:

"Pero todos los servicios públicos y todas las obras privadas no han adoptado todavía, tanto como hace falta, la *técnica* de cuya experiencia se ha dotado el servicio social. Esta cuestión de método es ante todo una cuestión de *personal*. En veinte naciones diferentes, desde los Estados Unidos y Canadá a China y Japón, desde Chile y la Argentina a la India y Australia, pasando por la mayoría de los Estados de Europa, existen hoy escuelas de higienistas, de enfermeras y escuelas de servicio social. Con estudios teóricos, ejercicios prácticos y estancias sobre el terreno en estas escuelas se forma a agentes diestros en las dificultades de su tarea. Ya, en numerosos países, las administraciones públicas y las instituciones privadas recurren a este personal. Por otra parte, las Oficinas de higiene están confiadas a médicos que no tienen estudios especiales; los directores de hospitales, de hospicios y asilos, los agentes y los inspectores de la asistencia pública no poseen más que una formación administrativa. Se convendrá en que esa es una situación anormal; como todas las formas de actividad humana, la higiene y la asistencia reclaman una preparación metódica.

Estas mismas escuelas formarán al personal de las oficinas de estudios y encuestas sociales. Nuestras iniciativas deben fundarse sobre una base más sólida que el empirismo. La industria, la agricultura, el comercio, las finanzas han aprendido el valor de la investigación científica y de los estudios estadísticos. El servicio social tiene las mismas necesidades" (Sand, 1931:231).

²²⁸ Más allá de la información que proporciona Sand se puede consultar el artículo de Geneviève Ninnin-Del'Acua titulado *L'évolution historique du service social en Italie* publicado en *La Vie Social*, nº2. 2000. También se puede consultar una curiosa obra realizada por un periodista, Luigi Marinatto titulada *El Asistente Social*, traducido al castellano en 1964 con el correspondiente NIHIL OBSTAT y la autorización de D. Angel Morta, Obispo Auxiliar y Vicario General. Aunque para entender mejor el nivel actual de la profesión y de la disciplina en Italia mejor haría el lector en consultar el libro de Anna María Campanini y Francesco Luppi, titulado *Servicio Social y modelo sistémico* editado en castellano por Paidós en 1991 y reeditado en 1996.

6.6. El "Caso español". Un proceso marcado por el franquismo.

Como formando parte de aquel pacto de perdón ¿ y de olvido? que fue la Transición política española pasamos página sobre situaciones y personas que sólo por su vinculación a aquel régimen y, aprovechándose precisamente de dicha vinculación, aterrizaron en el Trabajo Social seguramente porque éste constituía un ámbito, un nicho ecológico, en el que se sentían cómodos o más bien cómodas, en el marco de aquellas instituciones que dominaban, monopolizaban e instrumentalizaban -o lo intentaban al menos- políticamente. En la década de los setenta todavía lo seguían intentando, aunque bien es cierto que con poco éxito. Si se me permite una nota autobiográfica, recuerdo muy vívidamente mis temores y *repugnancia* al tener que adentrarme en las dependencias de no sé que oficinas falangistas con la finalidad de solicitar unas prestaciones económicas (de miseria, por cierto) para algunas familias gitanas del barrio en el que estaba haciendo mis prácticas de Trabajo Social. Fue el curso académico 1975-76. Allí me encontré con algunas “profesionales” a las que caí en gracia no sé si por mis atractivos personales o, y esto es más probable, por el hecho de que por entonces, era absolutamente exótico que un chico como yo se dedicara a semejantes menesteres, (de hecho fui, parece ser, el primer diplomado en Trabajo Social que acabó la carrera en Aragón, concretamente en 1976). La cuestión es que delegaron a mi inexperiencia la elaboración de los preceptivos informes sociales seguramente porque tampoco tenían muchas ganas de trasladarse desde sus céntricas oficinas a un barrio periférico con el inconveniente añadido de tener que andar por el poblado chabolista e incluso entrevistar a un gitano pobre en una infravivienda que apenas se tenía en pie. Eso era obviamente una incomodidad innecesaria aunque desde sus despachos no se enteraran de nada. Naturalmente ellas tampoco se enteraban cuando algún gitano venía bien "marcado" después de pasar por los calabozos de la policía tras la última redada ni tampoco cuando algún niño venía al despacho de la trabajadora social con el brazo en carne viva tras caerse a la hoguera, a ver qué podíamos hacer porque no tenían recursos ni derechos a la asistencia sanitaria, salvo la de beneficencia, que estaba muy lejos. No se enteraban de nada ni lo pretendían. Se limitaban a estampar su firma en los impresos que yo llevaba preparados y asunto acabado, prestación concedida. Y a eso le llamaban hacer Trabajo Social. Sería una especial versión nacionalsindicalista para la que no necesitaban más teorías que la de la revolución pendiente, que pendiente quedó; ni más instrumentos que unos impresos diseñados con toda seguridad, por algún jefe superior

en alguna jefatura superior de Madrid. Era lo que llamaban “la superioridad”. Pero la superioridad tampoco estaba nada interesada en andar por los poblados chabolistas. Allí la única que hacía *trabajo de campo* era la policía, sobre todo cuando tenía indicios de que algún arma robada andaba escondida por entre las chabolas; en ese caso todo el mundo era sospechoso y no había nada que no se pusiera patas arriba, aunque fueran las cuatro de la mañana, enero y con cierzo. Ese sí que era un trabajo hecho a conciencia.

En el plan de estudios que cursábamos, igual que en el Bachillerato, había una asignatura denominada Formación del Espíritu Nacional, (F.E.N.). A pesar de que la Escuela en la que yo estudié pertenecía al arzobispado y estaba gestionada por las Hermanas de San Vicente de Paúl, la asignatura era obligatoria, como obligatorio era aceptar al profesor o profesora nombrado por la “superioridad”, es decir, en este caso, la Jefatura Provincial del Movimiento. Comenzamos el curso con una *profesora* de la Sección Femenina con la que no nos entendimos y en un momento determinado, tras las correspondientes asambleas y plantes, conseguimos que renunciara. Cuando llegó su informe a la “superioridad” se ve que alguien dijo aquello de “ahora se van a enterar” y el sustituto fue un militar, acostumbrado al mando por tanto, y que además de vestir el caqui propio de su uniforme, debía tener simpatía por la camisa azul. Nos duró un día. Comenzó su clase con una perorata -declaración de principios e intenciones- en la que incluyó su teoría sobre las clases sociales. Según él era “normal” e incluso “natural” la existencia de clases entre los seres humanos puesto que también en el cielo los ángeles estaban clasificados en arcángeles, ángeles y querubines, y si esa había sido la voluntad del Creador no nos había de extrañar que también entre el género humano hubiera sus diferencias. Hablar de clases sociales ya era mucho, porque sonaba a rojo; el militar debía ser de la corriente Girón de Velasco, los más lanzados verbalmente. Entre mis compañeros de clase había dos frailes de no recuerdo qué orden, escuchando atentamente. El mayor de los dos levantó la mano pidiendo la palabra, atreviéndose a interrumpir y dijo algo como lo que sigue, al menos como yo lo recuerdo: “soy doctor en Teología por la Pontificia de Salamanca y le aseguro que en mi vida he escuchado otra barbaridad semejante a la que usted acaba de explicar”. El otro fraile fue también muy escueto: “yo soy doctor en Teología por el Instituto Bíblico de Roma y corroboro íntegramente la opinión de mi compañero”. El neófito profesor/militar/falangista sin decir una palabra más, replegó sus papeles y sin ni siquiera decir adiós, abandonó el aula y no hubo más. Ya no lo volvimos a ver. Bueno, sí hubo: el cachondeo

subsiguiente y las felicitaciones a nuestros compañeros teólogos. Al tercer intento nos enviaron a un abogado de otro talante -se ve que no tenían ya muchos candidatos- que nos propuso un curso de Derecho Constitucional comparado y aquello ya nos pareció más interesante.

En otra ocasión, la Escuela nos organizó el consiguiente cursillo sobre dinámica de grupos. Estaba de moda lo de la dinámica de grupos y conseguimos que nos trajeran un experto. La Escuela, por aquellos años, estaba ubicada en el último piso del antiguo seminario de San Carlos, anexo a la Iglesia del mismo nombre, conocida ahora sobre todo por ser uno de los lugares preferidos para casarse los que se quieren casar, y por la Iglesia. Entonces, además de para celebrar las bodas de las "buenas familias" y para las cuestiones habituales para las que sirve una iglesia, se utilizaba también para otros menesteres, como se verá, aunque a las nuevas generaciones les cueste entender tales situaciones que por lo demás, eran bastante habituales. Nosotros andábamos en medio del cursillo de dinámica de grupos cuando el profesor, sin previo aviso, nos recomendó que recogiéramos nuestros bártulos, sacáramos nuestro carnet de estudiantes y llevándolo bien visible nos dispusiéramos a salir en fila de a uno porque estábamos rodeados por la policía armada. Pensamos que se trataba de otro ejercicio de la dinámica de grupos con el que pretendía algún objetivo oculto para nosotros, hasta que alguien se asomó a la ventana y comprobó que efectivamente un montón de furgonetas policiales y antidisturbios nos tenían totalmente rodeados. El motivo no éramos nosotros sino los trabajadores del metal que andaban por aquellos días negociando su convenio provincial y durante una manifestación -ilegal, claro- ante la carga policial acabaron refugiándose en la Iglesia anexa a nuestra Escuela. Craso error porque el Sr. Arzobispo Cantero y Cuadrado, Consejero del Reino para más señas, autorizó la entrada a la policía y uno a uno, unas decenas de trabajadores fueron detenidos y trasladados a la Jefatura de Policía donde al menos pasaron la noche. Inmediatamente organizamos la correspondiente comisión de alumnos indignados que -pobres de nosotros- fuimos a reprocharle al Sr. Arzobispo su colaboración con la policía. Creo recordar que nos llegó a recibir o le dejamos nuestro manifiesto en el palacio arzobispal, no estoy muy seguro porque hubo otras ocasiones y, como delegado de curso, participé en varias de estas comisiones.

Por nuestra parte aprovechábamos cualquier motivo para politizar las clases, -no se me ocurre otra expresión-, con el fin de concienciar a los compañeros que andaban

todavía despistados. Igual nos daba que fuera Sociología que Medicina. Cualquier tema nos servía para llevar el agua a nuestro molino. Si el médico por ejemplo, explicaba las causas individuales que llevan a la prostitución nosotros promovíamos un debate sobre las causas sociales y la pobreza como etiología, si nos presentaba el diagrama de ciudad de Burgess sacábamos a relucir la situación de los barrios en los que estábamos haciendo prácticas, si de pasada nos nombraban a Pablo Freire, decíamos que eso era muy interesante y potenciábamos varias clases sobre la Pedagogía liberadora y la *concientización*. Algunos de mis trabajos de clase fueron sobre lo que estaba pasando en Chile o sobre por qué la Iglesia y el Estado se debían de separar y éste debía ser laico. Este último que preparé en solitario, muy concienzudamente, como el que pretende convencer, nos sirvió para obtener sobresaliente a un grupo de trabajo de seis o siete, todos amiguetes, que no hicieron más que estampar su firma al final, y espero que ellos y ellas no me desmientan. De algunas asignaturas mejor no hablar para no herir susceptibilidades, pero guardo los apuntes. Algunos y algunas ponían más interés que formación propia, competencia y habilidad. También hubo profesores entrañables que conectaron con el momento y el lugar y algo o bastante, nos enseñaron, no todo va a ser negativo, ni mucho menos. Pero de Trabajo Social, lo que se dice Trabajo Social, más bien poco. Un recuerdo también vinculado a la Escuela es de esos que no se olvidan, de esos que se dice donde estaba yo cuando mataron a Kennedy o cuando murió Franco o cuando... Cuando se hicieron públicos los últimos fusilamientos de Franco yo estaba justo en la puerta de la Iglesia de San Carlos, saliendo de clase y un profundo sentimiento de tristeza, de impotencia y de odio a la dictadura me embargó con tanta intensidad que todavía lo recuerdo. Fueron sentimientos desde luego compartidos por muchos compañeros y compañeras. Cada vez que paso por aquel lugar me acuerdo de los fusilados, inevitablemente.

En fin, que no eran las mejores condiciones para que las sucesivas generaciones de Trabajadores Sociales de aquellos años, y ya no digo las anteriores, nos formáramos con alguna garantía: escasa bibliografía disponible, profesores inadecuados (salvo algunos en sus respectivas disciplinas), que no habían trabajado nunca como trabajadores sociales o si acaso más bien poco, con lo cual difícilmente podían enseñar lo que ellas nunca habían practicado: ¿cómo puede enseñar cómo se hace una entrevista quien nunca ha hecho una?, ¿cómo se puede transmitir la complejidad de establecer una relación adecuada en un proceso de ayuda quien nunca se vio en semejante situación? De

ninguna manera. Nos explicaban un librito sobre el método básico al que le sacaban mucho jugo porque les daba para todo el curso, y luego a hacer instancias, saludas y no sé qué más. Se nos decía que en el Trabajo Social las prácticas, la inserción en el terreno, siempre habían estado inexorablemente unidas a la teoría, y nos lo decían gentes que nunca habían ejercido la profesión. Así de cierto, de triste y de incoherente. Por nuestra cuenta teníamos que buscarnos otras lecturas para tratar de dilucidar si los estudios que habíamos elegido podían servir para algo o eran simplemente una pérdida de tiempo. Por supuesto que no teníamos claro aquello de la identidad profesional porque sencillamente la que se nos ofrecía chocaba con nuestras convicciones ideológicas y, aislados de la literatura internacional y de otras Escuelas, nos preguntábamos si otra identidad era posible, si había otras teorías, otras formas de ser y hacer Trabajo Social. Por eso nos dimos una auténtica paliza reproduciendo los textos de las Jornadas de Valencia, porque por allí adivinábamos otras posibilidades. Por lo demás el mercado de trabajo no era nada prometedor. Por aquellos años muy pocas trabajadoras sociales se ganaban la vida con la profesión si excluimos a las de la Sección Femenina, Cáritas y algunas instituciones relacionadas con la salud. Pero como teníamos el servicio militar por medio ya veríamos a la vuelta qué pasaba; había que lidiar antes el miura de la mili. El dictador había muerto y había muchas esperanzas en que todo fuera a cambiar.

Y efectivamente algún cambio hubo. En lo que a nosotros afectaba, lo que pasó fue que hasta principios de los ochenta no se empezaron a convocar plazas de manera que el colectivo empleado creciera sustancialmente. Por mi parte había aprobado una oposición en la sanidad pública y aunque alguien me clasificara como estudiante en la “tendencia sociológica” por oposición a la “tendencia psicológica”, suponiendo que eso existiera, acabé trabajando en Psiquiatría durante más de una década. Las sorpresas de la vida.

En 1931 René Sand publicó una obra titulada *El Service Social a travers le monde. Assistance, Prévoyance, Higiene*. En este libro nos refiere el proceso por el cual el Trabajo Social se extiende por el mundo y estudia el caso de Francia, el de Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, Italia, la U.R.S.S. y un último capítulo dedicado a otros países en el que hace referencia a algunas medidas de política social, a programas sociales que se ponen en marcha o al menos se ha manifestado la intención de

instaurarlos; concretamente se refiere a los países escandinavos, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Suiza, países ibéricos de América Latina, Egipto y Turquía, Persia, Japón, Siam, China y la India (Sand, 1931:182). De España, sólo una breve mención. Veremos por qué.

Una tarde de 1977, debía ser a principios de año, recién llegado yo a Valencia, a cumplir con el servicio militar obligatorio, y sin nada mejor que hacer con el mucho tiempo libre que me quedaba, entré en una librería con la sana y única intención de curiosear entre los libros porque no andaba mi economía particular para mucha compra. La pésima elaboración de la comida que nos proporcionaba el ejército nos obligaba a buscarnos la vida como podíamos y ya se sabe que comer y cenar fuera de casa casi todos los días, tiene un coste, aunque sea de bocadillo. Pues bien, metido entre estanterías vislumbré un título que llenaba toda la portada: *Sociología de una profesión. Los asistentes sociales*. En lo más alto los autores: Juan Estruch y Antonio M Güell. Ediciones del Bolsillo. Por aquel entonces no tenía yo nada claro que mis últimos tres años de estudio me fueran a servir para resolver la cuestión profesional, y por más esperanzas que hubiera de que se avecinaban notables cambios en la vida española, no parecía lo más realista pensar en que, una vez licenciado, (esa fue mi primera y muy importante *licenciatura* por la que cada día suspirábamos todos los quintos, marcando en un calendario uno por uno los días que nos quedaban para ser libres), se me fuera a presentar alguna posibilidad de ejercer en algo relacionado con los estudios que había realizado, reválida incluida en la Escuela Oficial de Madrid, por cierto. Por el contrario, ya andaba imaginando otras posibilidades de estudio y trabajo, porque lo razonable era pensar que con el Trabajo Social resultaría muy difícil ganarse la vida. Andaba yo bastante desanimado al respecto y casi consideraba que definitivamente, mi paso por la Escuela de Trabajo Social de San Vicente de Paúl había sido una época interesante que recordaría con agrado, pero infructuosa desde el punto de vista académico y profesional. Y allí, en la estantería, estaba el libro, entre las novedades bibliográficas. La sorpresa fue mayor porque tampoco es que hubiera muchos libros dedicados al Trabajo Social o que tuvieran que ver con nosotros. Tuvieron que pasar algunos años más para que algunas de las principales librerías de mi ciudad nos dedicaran una estantería en

exclusiva, bajo el rótulo “Trabajo Social”;²²⁹ lo habitual es que lo poco que se editaba estuviera escondido entre la Sociología o la Psicología, o en cualquier otro lugar, lo que implicaba que, puestos a encontrar algo, lo obligatorio era buscar a fondo. Pocas veces encontrabas lo que buscabas porque, como digo, se editaba poco. Costaba no mucho esfuerzo poder presumir de “tenerlo todo” en la biblioteca particular porque las posibilidades eran limitadas. Por aquellos años acabábamos la carrera con pocos libros, y no era por falta de ganas de comprarlos o porque fueran caros, que tampoco era el caso.

Estruch y Güell. Ni idea; aquellos autores no me sonaban de nada. Pero resultaban ser, según el prólogo, profesores en una escuela barcelonesa de asistentes sociales y en el primer párrafo justificaban la investigación que sobre los asistentes sociales habían realizado *por la situación crítica no ya de los estudios de trabajo social, sino de la profesión misma*. Aquello prometía, así que sin dudarle un momento, lo compré y me fui a mis militares aposentos a buscar un reducto de paz en el que enfrascarme en aquella lectura. Con los años, algunas de mis veteranas colegas catalanas me manifestaron que aquel libro les gustó más bien nada, e incluso se manifestaban ofendidas al citárselo. No sé bien por qué. A mí entonces me encantó y hoy, pasados tantos años, creo que es un fiel testimonio de lo que entonces éramos. Es decir, que la fotografía les salió bastante bien, y eso, y no otra cosa, creo yo que pretendían los autores. Hablaban ya por entonces del pragmatismo filosófico entre las influencias recibidas junto al *puritanismo religioso y el positivismo reinante en las ciencias sociales, que preconizaba la posibilidad de encontrar soluciones racionales y empíricas a los problemas sociales por medio de reformas y de adecuadas orientaciones a nivel individual*. Aquello sonaba bien, pero qué era eso del pragmatismo filosófico. Si alguien había hecho mención del tema, yo debía estar despistado. En mis apuntes y en mis pocos libros, del pragmatismo ni mención. Del interaccionismo simbólico ni idea, aunque en Sociología sí nos explicaron algo de la Escuela de Chicago, pero en relación con el urbanismo, nada que ver con el Trabajo Social.

²²⁹ Y en más de un caso por presiones directas de quien esto escribe, esgrimiendo importantes argumentos comerciales, dado el número creciente de titulados y de alumnos. Después tendríamos hasta librerías especializadas, pero entonces ni lo soñábamos.

Hablaban los autores de tres momentos históricos que habrían contribuido al Trabajo Social. El primero sería el de su nacimiento a finales del XIX y principios del XX, un momento marcado por las consecuencias de los cambios originados por la revolución industrial de Occidente. El segundo estaría comprendido entre el final de la Primera Guerra Mundial y el período de la gran depresión económica: se trataba de una época en la que era preciso atender a las necesidades provocadas por el conflicto bélico y por la crisis económica. Se desarrollan las técnicas de grupo y de comunidad, y el asistente social colabora como un técnico más en la organización y el desarrollo comunitarios. Es asimismo el período en el que se aprecia en Europa la introducción de la influencia católica en el Trabajo Social: en 1920, se funda en Bélgica la primera Escuela Católica de Servicio Social. Y cinco años después María Baers funda en Milán, la Unión Católica Internacional de Servicio Social. La tercera etapa de desarrollo del Trabajo Social se situaría después de finalizar la Segunda Guerra Mundial; sería el período en el que coinciden los avances de las ciencias sociales y las ansias de una convivencia humana más solidaria. En esta última etapa Naciones Unidas habría jugado un papel importante impulsando el Trabajo Social. A partir de aquí los autores vaticinaban por donde podía evolucionar la cuestión, y se equivocaron, pero eran sociólogos, no adivinos. Yo mismo también me equivoqué en mis poco optimistas previsiones, y aunque aun tardé un par de años en aprobar una oposición, el cambio de década me pilló vestido con una bata blanca, en una planta de un hospital general dedicada a la Psiquiatría con una chapa en el pecho en la que ponía “Asistente Social”, lo mismo que encima de la puerta de mi despacho. Y además casado y con una hija preciosa. ¿Quién podía adivinar tanto cambio? Yo no, desde luego, así que no me extraña que las previsiones de Estruch y Güell en el sentido de que en una siguiente etapa lo que se iba a producir sería la tendencia a enmarcar el ejercicio de la profesión dentro de otros supuestos previos, que en ocasiones dictarían definiciones en términos de una praxis política más que de una actividad profesional, fallaran, al menos en parte. Digo en parte porque en los años siguientes el Trabajo Social siguió en nuestro país sin unas bases teóricas propias y se hizo un poco más fuerte con un presunto rigor metodológico y otras cuestiones más políticas -de política social al menos- que profesionales, vinculadas a la construcción del llamado sistema de servicios sociales propio del incipiente Estado de Bienestar, por más que nunca, hasta la fecha al menos, se llegara a construir tal sistema (al menos con las características propias del sistema de salud, o del educativo, o del judicial...) y por más que, como dice un amigo mío,

andaluz por más señas, con tanto discurso sobre la crisis, esto no haya pasado de ser un Estado de *medioestar*, en afortunada expresión del sevillano. No sé si Estruch y Güell se referían a esto y en que medida, pero lo que se dio fue una confusión entre servicios sociales y Trabajo Social y como ya hemos escrito en otras ocasiones un intento de reducir la profesión y la disciplina (incipiente y tambaleante, más aun como disciplina que como profesión) a la gestión de recursos para responder a necesidades reinventando una profesión que otros, al otro lado del Atlántico, ya habían inventado muchos años antes y prescindiendo además de demasiadas complicaciones teóricas, porque la verdad, para administrar recursos tampoco hacía falta demasiado artilugio conceptual. Las guías de recursos te sacaban de cualquier situación. Otra cosa es que simultáneamente, seguramente por parte de otros sectores profesionales, porque lo contrario sería sencillamente incoherente, se reclamara una formación universitaria más extensa a través de la conversión de los estudios en Licenciatura, objetivo, que quizá en un futuro próximo y con la ayuda de la Declaración de Bolonia, se pueda conseguir.

Utilizo la palabra “reinventar” porque lo que se intenta en aquella época en España tiene poco que ver con lo que sucedía al otro lado del Atlántico, allí donde se inventó la profesión y se configuró –a lo largo de un proceso permanente e inacabado- la disciplina. Por los años veinte, sin renunciar a la influencia pragmatista a la que se referían Estruch y Güell y que aquí, en alguna medida, absorbimos sin enterarnos, andaban ya integrando el Psicoanálisis y la teoría del ego, y las aportaciones de Rank y de Erikson, y ayudando a formular la teoría de la crisis, e integrando el conductismo, etcétera. Y como en esto también se dan relaciones de hegemonía y subalternidad, de las que más adelante hablaremos, los países más vinculados a los Estados Unidos se contagiaron de las mismas inquietudes y planteamientos, que con el paso de los años serían, éstas y no otras, las que constituyen, como dicen Roberts y Nee, y Malcolm Payne y otros muchos autores, el “cuerpo común de conocimientos” de una disciplina y de una profesión denominada internacionalmente como Trabajo Social.

Pero hemos corrido demasiado en nuestro relato y conviene volver atrás. Se pretendió “reinventar” porque también en Europa y en España había una tradición de varias décadas, aunque, como veremos, en la Europa continental y en España concretamente, la hegemonía norteamericana en la producción del conocimiento no se hubiera notado demasiado. Estruch y Güell proporcionaban mucha información de la

Historia del Trabajo Social en Cataluña a partir del análisis del nacimiento de las distintas escuelas y sobre todo de la Escuela Católica de Enseñanza Social de Barcelona, la primera Escuela del Estado Español.²³⁰

Cuando Sebastián Sarasa en un capítulo titulado *El Trabajo Social en España. Avatares de una profesión incierta* publicado en 1993²³¹ se refiere a los comienzos de la profesión afirma que la iniciativa en la asistencia social la llevó un sector minoritario del catolicismo y algunos médicos para señalar a continuación que su relevancia fue escasa y la profesionalización tardía con respecto a otros países europeos. A su juicio se pueden distinguir al menos, dos tendencias diferentes en los orígenes de esta profesión. La primera tendencia estaría integrada por el Trabajo Social británico, vinculado a las universidades y apoyado por grupos religiosos y por el socialismo fabiano. La segunda, a la que denomina “asistencia continental mediterránea” habría estado bajo control exclusivo de la Iglesia Católica lo que según este autor implicó un talante más conservador. Lógicamente fue esta segunda tendencia la que se extendió por España pero con un notable retraso respecto a otros países europeos. Por eso Sand dice más bien poco sobre España, porque no tenía mucho que decir. Como es sabido, la primera escuela de asistentes sociales se inaugura en Barcelona en 1932, en plena república.

La Guerra Civil comenzó en el treinta y seis y tras la victoria de Franco, el nacional-catolicismo²³² se impuso y su régimen determinó hasta los años ochenta las características de los servicios sociales, y del Trabajo Social, en España.

²³⁰ Los autores utilizaron una tesina elaborada en su día por María Assumpta Jutglar y Fábregas, titulada *Síntesis histórica: orígenes y evolución de la Escuela Católica de Enseñanza Social*, Barcelona, 1964. También la hemos visto reiteradamente citada por otros autores que se han ocupado de estos temas.

²³¹ Se trata de un capítulo del libro *El Servicio de lo Social* (publicado por el Ministerio de Asuntos Sociales), en el que el autor mantiene que la aparición de los trabajadores sociales está unida a los orígenes de la política social contemporánea y participaba de sus mismas ambiciones. Tres eran a su juicio los objetivos que se perseguían: aumentar la eficiencia de la fuerza de trabajo, la estabilidad política y por último, como medio para los fines anteriores, la moralización de las clases subalternas en forma de adoctrinamiento religioso... (p.131).

²³² Lo fundamental del nacional-catolicismo es su firme creencia de que la esencia de la nacionalidad española es el catolicismo, sobre todo el concretado históricamente en el siglo XVI, cuyas esencias nacional-católicas se conservan con el tradicionalismo. Desde este presupuesto se deriva la necesidad de un confesionalismo católico total, una fusión de los sistemas político y eclesial, el control social de la Iglesia sobre la sociedad -la moral- la ideología, la participación prioritaria de la Iglesia en el presupuesto económico nacional, y el establecimiento de la Iglesia como organismo estatal. (Díaz Salazar, 1981:70).

Respecto a la Escuela de Barcelona, sintetizando las aportaciones de Estruch y Güell y de Sarasa a quien también seguimos en este apartado, tendría su origen en el llamado “catolicismo Social” que nace como consecuencia de la encíclica *Rerum novarum* que León XIII promulgó en 1891. En esta encíclica la Iglesia Católica se definía como el camino intermedio entre el liberalismo burgués y el colectivismo obrero, proponiendo una posición corporativista similar al gremialismo medieval, pero adaptado a la sociedad industrial. La Iglesia renunciaba al Estado confesional pero no al control del Estado a través de la opinión pública y de los partidos confesionales. Se proponía ganar a las clases trabajadoras entre las que se estaban expandiendo las ideologías colectivistas y ateas. Aparecieron así algunos católicos que utilizaban los mismos instrumentos que el movimiento obrero: la creación de sindicatos, escuelas nocturnas, centros sociales... desde los que contrarrestar las influencias de los ateneos obreros y las “casas del pueblo”. Frente a las mutualidades obreras promocionaron las Cajas de Ahorro. Así nació el “catolicismo Social” que dio origen a las primeras escuelas de asistentes sociales. El interés de la Iglesia Católica por los obreros, según este autor, no dejaba de ser meramente instrumental.

Dos fechas serían significativas como antecedentes de la creación de la Escuela de Barcelona: en 1908 la creación de la Acción Social Popular, dirigida por el jesuita Gabriel Palau, con la idea de difundir y propagar la nueva doctrina social de la Iglesia y extender los sindicatos obreros y agrarios católicos, que en 1912 darán lugar a la Federación Obrera Social. El intento salió mal y cuatro años después el jesuita fue obligado a dimitir y destinado a América Latina. La segunda fecha fue 1926. Ese año se creó el Comité Femenino de Mejoras Sociales, dedicado al mejoramiento social de la mujer y el niño. Uno de los colaboradores de este Comité fue un médico filántropo, el Dr. Roviralta, que patrocinó económicamente la que sería la primera Escuela de Asistentes Sociales en España. De su bolsillo costeó una beca para que doña Ana María Llatas de Agustí pudiera acudir a la Escuela Social de Suiza para adquirir la formación necesaria y poder crear a su vuelta una Escuela similar. Cuando Llatas de Agustí se incorpora a la Escuela de Suiza se encuentra con la "desagradable" sorpresa de que se trata de una Institución aconfesional por lo que decidió trasladarse a Bélgica, para cursar estudios en la Escuela Católica de Bruselas. En 1932, doña Antonio Ferreras, viuda de Grau, Secretaria del Comité Femenino de Mejoras Sociales y el Dr. D. Raúl Roviralta.

Reciben el título de "Fundadores de la Escuela de Asistencia Social para la Mujer". La Escuela perseguía una doble finalidad según su primer Programa de Estudios:

"En el primer curso ofrece a las jóvenes que han terminado sus estudios secundarios una cultura femenina general orientada hacia los deberes cívicos y morales y un complemento de instrucción desde el punto de vista económico y social que les haga comprender y les permita ocupar el lugar que les corresponde en la familia y en la sociedad. En el segundo curso y último deberán elegir ya una especialidad y al terminar, estarán en condiciones de dirigir obras benéficas o sociales, según la especialidad elegida entre las de Asistencia Social benéficas o sociales, infancia, industria y laboratorios, en cuyo caso podrán ser Visitadoras Sociales para encuestas, Delegadas de Tribunales Tutelares, Protección a la Infancia, Subintendentes de Fábricas, Directoras Maternales, Casas Cunas, etc."²³³

En el estudio dirigido por Vázquez se afirma que es a Roviralta a quien le corresponde el honor de haber encarnado la necesidad de tecnificar el Trabajo Social. Su propósito habría sido proporcionar preparación técnica a quienes trabajaban en obras asistenciales y profesionalizar la acción social. Se trataba de superar la fase de "temporeros" o "aficionados" de las personas que, sin negar sus entusiasmos y buenas voluntades, suponían un freno de ineficacia para dar solución a las necesidades apremiantes de la auténtica promoción individual y social, a juicio de este autor. Sin lugar a dudas conocían lo que se estaba gestando en las Escuelas de Europa e incluso citaban a René Sand, figura clave en Europa a la que ya nos hemos referido. Sin embargo el Dr. Roviralta, en plena guerra civil, publicó un libro con el significativo título de *Los problemas de Asistencia Social en la nueva España*. En él expresa con mayor claridad sus propósitos fundacionales:

"...he aquí la segunda base indispensable para la organización racional de la asistencia. En España se trata de una organización casi desconocida. En 1933, ante el tono de desorden que el régimen republicano había impreso en la vida social de España y con el propósito de reducir en lo posible sus daños, tuve la satisfacción, junto a la benemérita y abnegada precursora de tantas obras sociales Antonia Ferreras, de fundar en Barcelona una escuela de este tipo, la primera en su género en nuestro país..." (Roviralta, 1937).

Desvelaba sus verdaderos propósitos o demostraba su capacidad de adaptación al nuevo régimen. Todo puede ser, pero en 1937 lo de la *nueva España* era todo un salvoconducto y el ataque al régimen republicano toda una declaración de identidad, aunque no fuera muy necesaria tal declaración puesto que por razones de conveniencia política y con el fin de poder ser reconocida oficialmente la Escuela no declaró abiertamente su carácter confesional por más que su tendencia fue marcadamente

²³³ La cita viene recogida en un estudio publicado en 1970 por el Instituto de Sociología aplicada, titulado *Situación del Servicio Social en España*, y dirigido por el sacerdote Jesús María Vázquez.

católica desde el principio y por ello se afilió a la Unión Católica Internacional de Servicios Sociales (UCISS). Sarasa pone muy acertadamente el énfasis en los argumentos de legitimación a los que se apelaban para crear la escuela: "Primero por razones de caridad; después por razones económicas y de prudencia, pues no basta con desear el orden y la paz social, si no se ponen todas las fuerzas para hacer todo aquello que se pueda a fin de que estos bellos ideales sean posibles".

Primero, la caridad y después razones económicas y de prudencia... pues no basta, apostilla Sarasa, con desear el orden y tener miedo, hay que actuar de manera racional. Con la apelación a la caridad se busca implicar a los voluntarios que quieran dedicarse al tema, con la llamada al orden social, (al miedo) y a la racionalidad se intenta que los poderes públicos y los patronos se comprometan en la financiación de las nuevas formas de asistencia. "Amor y temor, los dos ingredientes básicos de la beneficencia tradicional y de la política social moderna" (Sarasa, 1993:131 y ss.; Estruch y Güell, 1976:43; Rubí, 1989:55; Molina Sánchez, 1994).

Superada la guerra el papel de la Iglesia Católica en la creación de las Escuelas de Trabajo Social va a ser fundamental. La Sección femenina de Falange Española y de las JONS va a reclamar también su protagonismo además de otros organismos públicos y privados tales como alguna Caja de Ahorros, la Cruz Roja e incluso el Opus Dei, o todos juntos en una evidente comunidad de intereses.

"El Servicio Social en España ha nacido algo más tarde que en los países continentales antes citados: La iniciativa de tecnificar la asistencia social partió de personas del sector católico. Esta tónica confesional ha marcado durante muchos años el contenido de los estudios de los Asistentes Sociales, el desarrollo de las Escuelas de Servicio social y, sobre todo, la orientación dada en las actividades profesionales. En justicia, quienes estudien en España el Servicio Social no pueden soslayar el matiz confesional de su génesis" (I.S.A., 1970: 40).

La profesora Molina recoge en su estudio sobre el tema el contenido del Decreto de 30 de Abril de 1964 (B.O.E. nº 117 de 15 de mayo):

"...desde entonces, la meritoria y eficaz labor de las Escuelas de Asistentes Sociales existentes y, por modo singular, las de la Iglesia y de la Sección Femenina de F.E.T. y de la J.O.N.S. ha cristalizado en una realidad que permite y exige la promulgación por el Estado de normas que regulen la formación académica de los Asistentes Sociales y establezcan los requisitos para la obtención del título oficial que habilite para el ejercicio profesional de esa actividad..." (Molina,1994:60).

Estruch y Güell (1976:47) hacen también una referencia a la creación de la Escuela de Visitadoras Sociales "Santa Teresa", cuarta de España en fundarse y que nos interesa especialmente. Al parecer, tuvo su origen en unos cursos de especialización que se organizaban en la Escuela de Enfermería de la Sección Femenina, ubicada en el Hospital Clínico de Barcelona. En el curso académico 1950-51 se impartió un curso sobre Psiquiatría que fue clausurado por el Doctor Sarró que acababa de llegar de los Estados Unidos; allí había conocido a los Trabajadores Sociales psiquiátricos y reconocido la importancia de sus aportaciones al equipo de salud. Esa experiencia le impulsó a fundar, en colaboración con la Sección Femenina, la Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas que se inauguró en enero de 1953. El propio Dr. Sarró, al que conocí personalmente en Jaca, en 1982, con motivo de una reunión de la Asociación Española de Psiquiatría, fue el primer director de una Escuela que dependía al mismo tiempo de la Cátedra de Psiquiatría y de la Sección Femenina. El objetivo de esta Escuela era formar predominantemente a asistentes sociales que fueran a ejercer en Psiquiatría, después amplió su interés en formar a profesionales para ejercer en todo el sistema sanitario y por último evolucionó hasta hacerse generalista.

A modo de resumen, y puesto que no tenemos otro propósito que hacer una breve mención al caso español, y siguiendo las aportaciones de Sarasa (1993) y de Estruch y Güell (1976), con las que coincidimos mucho más que con las tesis mantenidas por otros autores, "puede afirmarse que en España la profesionalización de la asistencia social se inició tarde y bajo una fuerte influencia religiosa, al proclamarse la República. El "nacionalcatolicismo" imperante bajo el franquismo supuso un freno considerable para una profesión que no había tenido tiempo de crearse un espacio propio. Inició de nuevo un tímido impulso bajo las políticas desarrollistas de los años sesenta, cuando el sindicalismo de clase volvía a resurgir de sus cenizas, y una izquierda clandestina impulsaba movimientos vecinales de protesta ante el caos urbanístico de las grandes ciudades. En esta carrera para su posterior despegue, contó con el amparo de una Iglesia que comenzaba a prepararse para las nuevas condiciones políticas que se avecinaban. Finalmente, ya bajo el sistema democrático de partidos instaurado con la Constitución de 1977, la profesión se ha consolidado e inicia su crecimiento, aunque en unas circunstancias de crisis y de críticas al Estado de Bienestar, cuyos efectos sobre el futuro desarrollo del Trabajo Social son aún inciertos."

Por lo que vamos viendo poco tiene que ver la génesis del Trabajo Social en España, con sus peculiaridades respecto a otros países europeos y lo que sucedió a Estados Unidos. En nuestra opinión, en España se pudo hablar de una profesión, pero difícilmente de una disciplina, entendiéndolo por tal un conjunto de conocimientos teóricos que fueran más allá de los aspectos metodológicos y por supuesto de unos principios ideológicos. La disciplina, y también algunas opciones ideológicas, empieza a formarse con las aportaciones procedentes del Pragmatismo, del Interaccionismo Simbólico y de otras aportaciones teóricas que tuvieron su origen en la Escuela de Chicago. Posteriormente se fueron incorporando, sin renunciar a lo anterior, las diferentes versiones del Psicoanálisis, el Conductismo, la teoría de la crisis, la teoría de los sistemas... Con todo ello, los trabajadores sociales elaboraron un conjunto de conocimientos del que en los comienzos andaban escasos. En España, si se analizan bastantes décadas, hasta el momento en que empieza a llegar la bibliografía anglosajona, cuesta encontrar tal conjunto de conocimientos que justificase la existencia de una disciplina, por más que efectivamente existiera una profesión. Siempre me impresionó y me hizo reflexionar mucho, aquella aseveración de Estruch y Güell cuando en su análisis sociológico plantean lo siguiente:

"En Sociología suele decirse que "nos convertimos en aquello que hacemos"; pero lo que no es posible es convertirse en aquello que decimos ser, cuando no está nada claro aquello que debíamos hacer. Dicho en otras palabras: una definición, por persuasiva que sea, no confiere realidad a una profesión si no se fundamenta en una base empírica y real; una realidad existente puede ser definida, pero no por el hecho de definirla cobra existencia." (1976:23).

Se puede definir con todo tipo de detalle y precisión una sirena o un minotauro, pero por más perfecta que sea la definición las sirenas y los minotauros no existen sino en la literatura y en la mitología. En aquellos momentos la crítica de estos autores impactaba en toda la línea de flotación, más aun cuando demostraban a continuación que el énfasis se ponía en los métodos como si ellos por sí solos pudieran justificar y legitimar un nuevo espacio profesional. Decían estos autores:

"Sin embargo, casi siempre que se intentan formular las proposiciones teóricas del trabajo social se abunda en metodología, como si implícitamente se aceptase que la inflación metodológica pudiera crear y determinar una especie de ciencia autónoma. Toda ciencia tiene un método (o participa del método científico), pero el método por sí solo no fabrica la ciencia" (1976:25).

Por mi propia experiencia personal como alumno y a la luz de lo que entonces (antes y durante de los setenta) se publicaba en los libros y revistas propios, creo que su

análisis era certero, por más que molestase a algunos colegas. La respuesta a esta crítica hubiera sido demostrar qué teorías se enseñaban en las Escuelas por aquel entonces como propias del Trabajo Social y cuales utilizaban los trabajadores sociales en su práctica diaria. Yo, en mi revisión bibliográfica no he encontrado tal respuesta, y de haber conocido por aquellos años el libro de Roberts y Nee por ejemplo, no hubiera sido muy difícil elaborarla. Eso sí al menos para el Trabajo Social de los países anglosajones. Pero seguimos con nuestra perspectiva localista olvidando que estamos hablando de una profesión/disciplina que existe más allá de nuestras fronteras.

En el Congreso de la profesión organizado por el Consejo General de Colegios, celebrado en Barcelona en 1992, estando quien esto escribe moderando una de las mesas en la que participaba la profesora Teresa Zamanillo, al acabar su ponencia, alguien de entre los 2.000 congresistas, hizo llegar a la mesa la siguiente pregunta. ¿Es científica la actividad de los trabajadores sociales? La ponente fue rotunda en su respuesta: no. Silencio en la sala. No podemos ignorar que sigue habiendo muchos colegas con dificultades para definir el objeto de su disciplina y que si les preguntamos con qué teorías trabajan, desde qué modelos de intervención actúan, las respuestas podían ser de preocupar. Reivindicamos que la función social de los trabajadores sociales en los últimos años ha bastado para el crecimiento de su papel y su legitimidad como profesión, pero hemos de reconocer humildemente, que queda mucho por avanzar en este terreno. Por lo demás, la omnipresente preocupación por la pregunta ¿y eso cómo se hace? es muy significativa. Habría que preguntarse también sobre el por qué y el para qué. David Howie se ha referido recientemente a este tema en su libro titulado muy expresivamente *Dando sentido a la práctica. Una introducción a la teoría del Trabajo Social*. Se ve que no es éste un problema exclusivamente español. La cuestión es que cuando a la práctica profesional le quitamos la teoría ¿qué nos queda?, ¿sólo sentido común y la experiencia acumulada? Este es un bagaje importante, pero es suficiente para configurar una disciplina que aspira a los más altos niveles de la formación universitaria?. Evidentemente no. ¿Y la investigación? Si tal función profesional es clave en la creación de la identidad de cualquier disciplina por qué no en Trabajo Social. ¿Tendrán que ser otros quienes la hagan? ¿Por qué ha de ser así? Una cosa es que el Trabajo Social comparta teorías con otras disciplinas y se beneficie de sus investigaciones y propuestas teóricas, como las demás hacen, y otra que las aportaciones propias del Trabajo Social al terreno común de las ciencias sociales sean inexistentes o

muy poco significativas. ¿No será que hay todavía quien ochenta años después, aplica los mismos criterios de algunos chicaguenses y siguen pensando que la feminización de la profesión le imposibilita producir frutos en este terreno? El problema ya no es simplemente que en la lucha por la delimitación del espacio (disciplinar, profesional, identitario, comercial...) a otros les sea muy rentable tal creencia, sino que desde dentro del Trabajo Social todavía hay quien mantiene tal posición. Seguramente porque ellos/ellas comparten otras identidades que les posibilita dedicarse a tan altos menesteres vedados para las necesariamente humildes trabajadoras sociales. Y aquí se abre el espacio para tanto intruso/salvador que no salva nada y que por lo general, no aportan nada digno de reseñar pero que desde su atalaya, se pavonean y dogmatizan. Así andamos.

Pues bien, además de métodos había una serie de principios ideológicos que procedían en algunos casos de las declaraciones internacionales y en otros eran cosecha propia elaborada en el suelo patrio. En España el comienzo de las Escuelas está vinculado a lo que se llamó el catolicismo social (Molina, 1990:107). Son evidentes las influencias de estas corrientes de pensamiento procedentes de Bélgica, pero no es menos cierto que aquí el proceso tuvo características propias. En este sentido, la tesis que defienden Estruch y Güell es la siguiente:

"Es cierto que mientras en Bélgica, donde se formaron los creadores de las primeras escuelas españolas de servicio social, éste nació por el empuje de movimientos obreros católicos, en Barcelona los promotores no fueron tales movimientos obreros, sino en todo caso la preocupación por los obreros: pero es que este tipo de movimientos no existía en Cataluña, por cuanto habían sido liquidados. Y esta misma liquidación de tales movimientos por parte de las autoridades civiles y religiosas es la mejor prueba de que unas realidades que hoy pueden aparecérsenos anacrónicas y pasadas, no lo eran en absoluto en el contexto de la época." (1976:49).

Por lo que se refiere a la década de los años 60 estos mismos autores dicen lo siguiente:

"Este es el tiempo, esperanzador y preñado de futuro, en el que unas señoritas voluntariosas y con espíritu apostólico abierto, pertenecientes a una clase que nos les permite afiliarse a movimientos obreros católicos, pero llenas al mismo tiempo de "inquietud social", y normalmente libres por lo demás de todo compromiso, acuden a las escuelas de formación de asistentes sociales para estudiar algo que es más que una profesión" (1976:51).

Es en esta década, en 1964-65 cuando se produce el reconocimiento de las escuelas, la convalidación de los títulos y la creación en 1967 de la Escuela Oficial de Asistente Sociales, en Madrid, a la que sucesivas promociones debíamos acudir a revalidar nuestros conocimientos como un requisito imprescindible para obtener el título oficial. Este reconocimiento supuso un aval del Estado que resultaba imprescindible para el afianzamiento de los estudios y de la profesión.

"Algo más que una profesión", decían Estruch y Güell. Ese algo más no era otra cosa que el afán apostólico. Según señalan estos autores, hasta tal punto fueron en otro tiempo prioritarias estas motivaciones de carácter religioso, que en los medios eclesiásticos se llegó a veces a interpretar la disminución de entradas en las congregaciones religiosas femeninas como una consecuencia de la atracción ejercida sobre sus hipotéticas postulantes para la profesión de asistente social. Ciertamente es que en algunos casos se presentaba la decisión de cursar estudios de asistente como si de una "entrada en religión se tratara..." (Estruch y Güell, 1973:194). Respecto a las motivaciones de las que nutrían las filas de la Sección Femenina es de suponer que se mezclarían la adhesión al régimen y sus presupuestos ideológicos junto a la voluntad de buscarse la vida en un terreno reservado precisamente como más apropiado para las mujeres. No era cuestión de dejar todo lo relativo a la beneficencia en manos de la Iglesia Católica y menos si del trabajo en ese terreno se podían obtener réditos políticos para legitimar la dictadura. Por lo demás trabajar con los pobres, con los *operarios menos favorecidos por la fortuna*, casaba muy bien con la palabrería obrerista de los ideólogos de la revolución pendiente.

En la década de los setenta otros alumnos con procedencias de clase muy distintas, incluida desde luego la clase obrera, llegamos a las Escuelas de Trabajo Social, muchos ya con el bagaje político que nuestra juventud nos permitía, alternando nuestros estudios con la militancia política, sindical o en el movimiento ciudadano, sin las pretensiones apostólicas de generaciones anteriores. Compartíamos aula con algunos religiosos y religiosas, pero además, todos teníamos en común, hasta donde puedo recordar, una determinada visión de la sociedad y desde luego las ganas de que llegase el final de la dictadura y comenzara una etapa forzosamente distinta en España. Los compañeros vinculados más directamente a la Iglesia Católica eran precisamente los que se podían adscribir a las órdenes más progresistas, en función de su especialidad, o por su talante

personal. Buscaban eso sí, los conocimientos científicos que se suponía debía proporcionar un título académico, aunque por aquel entonces todavía no universitario. Había gente del movimiento obrero católico que simultaneaba su militancia con el carnet de los sindicatos de clase, y los había también con más edad y algunos años de trayectoria en los partidos clandestinos, sobre todo en el Partido, el comunista. Por los contactos que teníamos con otros alumnos de distintas Escuelas el perfil no debía de ser muy diferente al descrito. Por eso, y en ausencia de bibliografía propia, aislados de lo que se escribía en otros idiomas, consumíamos lo que nos llegaba de la editorial Humanitas y sintonizábamos con sus contenidos, entre otras cosas porque la situación de los países latinoamericanos -explotación económica, opresión política y dominación ideológica- bajo la acción de la norteamericana Escuela de las Américas desde la que se exportaban torturadores, tenía algunas coordenadas comunes con nuestra propia situación. Por eso, el asalto al Palacio de la Moneda y el asesinato de Allende lo sentimos como si hubiera sido en nuestro propio país, porque las esperanzas eran comunes y el intento de crear una profesión al servicio del cambio social también. Eran los tiempos en los que se definía al Trabajador social como "agente de cambio". Luego, reflexionando más, caíamos en la cuenta de que los cambios los producen los pueblos y que en coherencia con el paradigma en el que nos movíamos, no eran precisamente las profesiones, ni menos la nuestra, las llamadas a producir los cambios que propugnábamos. En todo caso estaríamos al servicio de las fuerzas sociales que debían impulsarlo y protagonizarlo. Pero, a pesar de nuestro escaso bagaje técnico, se nos llenaba la boca con aquello de que éramos "agentes de cambio"²³⁴ y, aunque fuera momentáneamente (porque no nos duró mucho) nos ayudó a construir una cierta identidad profesional más atractiva que aquella que podíamos elaborar a partir de lo que se nos enseñaba en la mayoría de las asignaturas y podíamos leer en la bibliografía recomendada. Pero aquello de poder ganarse la vida, porque también aspirábamos legítimamente a ello, siendo "agente de cambio" sonaba a música celestial. La realidad nos pondría en nuestro lugar.

²³⁴ Hay muchos documentos en los que se propone esta expresión como identidad de los trabajadores sociales.

Así pues, parece confirmarse la quinta de las afirmaciones que expresaba en la introducción de este trabajo: En Europa no se producen aportaciones importantes en el proceso de creación de la disciplina si bien durante las primeras décadas del siglo XX la profesión se extendiera por diferentes países. Los datos recogidos en este último capítulo parecen confirmar la hipótesis. La influencia del Trabajo Social norteamericano llegó muy tempranamente como se puede vislumbrar, al menos mínimamente, en el trabajo de Sand que refleja los intercambios habidos en la Conferencia de París. También hay rasgos comunes entre las propuestas de Alice Salomon y las de Jane Addams, pero hay que recordar que además de que entre ellas tuvieron múltiples contactos e incluso amistad, las fuentes teóricas de las que se alimentó Salomon coincidían, al menos en parte, con las de Small o Park. Es dudoso, sin embargo que durante la primera mitad del siglo la influencia pragmatista y el interaccionismo simbólico llegaran a Europa, al menos de manera explícita y clara, aunque dicha influencia estuviera diluida en las grandes declaraciones y en un cierto "cuerpo doctrinal" común. La razón, a mi juicio, no es otra que la temprana influencia del psicoanálisis y de los modelos inspirados en el mismo que encontraron en el Reino Unido una buena caja de resonancia. De allí saltaron en mayor o menor medida al continente. Sin duda que Gordon Hamilton o Helen Harris Perlman eran conocidas, pero no se llegó a identificar en ellas la herencia pragmatista, sino su adscripción al psicoanálisis.

A mi juicio quizás esto explique algunos problemas relacionados con la falta de identidad que experimentan no pocos trabajadores sociales, así como las dificultades para encontrar un lugar en el mundo dentro de los equipos multidisciplinares, o la obsesión permanente de definir las funciones propias para diferenciarlas de las ajenas o los problemas de estatus. Si este trabajo contribuye de alguna manera, por pequeña que sea, a mejorar la autoestima de la profesión, conociendo mejor los orígenes y en función de ellos construir una identidad con la que los profesionales del Trabajo Social se sientan más cómodos y seguros, habrá conseguido uno de sus propósitos más importantes.